HATUEY

POEMA DRAMÁTICO

POR

FRANCISCO SELLÉN

A. DA COSTA GÓMEZ, Editor
77 William St.
New York

HATUEY

POEMA DRAMÁTICO

EN CINCO ACTOS

POR

FRANCISCO SELLEN

NUEVA YORK

A. DA COSTA GÓMEZ, EDITOR,

77 WILLIAM STREET

1891

...M. cariñoso y buen an...
...o el distinguido escritor
poetico Estéban Torres
ofrece esta obra en home...
...e de su autor: su in...
...variable admirador

Estéban Díaz Sellén

Habana 4/9

DEDICADO

Á LA

MEMORIA DE MIS HERMANOS

ANTONIO Y MANUEL

F. S.

EN los albores de nuestra historia se destaca, imponente, la heroica figura de Hatuey. La hoguera que consumió su cuerpo ha brillado desde entonces, á manera de faro, para los sedientos de justicia y libertad, para los anhelosos de la independencia de la patria cubana. Hatuey se ha convertido en encarnación de una idea: es el precursor de esos hijos de Quisqueya, de Borinquén, del Anahuac y de todas las regiones de nuestra América que—animados del levantado espíritu que condujo al indomable cacique á expiar en las llamas el crimen de defender los derechos de su raza, la independencia de un suelo hermano—corrieron á verter su sangre generosa en los campos de Cuba cuando ésta, con las armas en la mano, aspiró también á un puesto entre las naciones libres de este nuevo mundo. El destino nos fué adverso; pero se proclamó una vez más en la historia la comunidad de intereses, de principios y de aspiraciones, no sólo de las Antillas, sino de todos los pueblos del Continente Americano. Y

en este concepto, el sublime sacrificio no habrá sido estéril.

En las escenas de este drama he intentado bosquejar la figura legendaria del que fué en un tiempo cacique de Guajaba, es el primero de nuestros mártires, y hoy gloria de Cuba, de Quisqueya, y de América. Mientras pluma de mejor temple que la mía no erija á Hatuey monumento más digno de su memoria, queden estas páginas siquiera como tentativa, y acaso, al mismo tiempo, principio de lo que un día, cuando tengamos patria, llegue á ser nuestro teatro nacional.

Aunque no he pretendido hacer obra de arqueólogo, me ha parecido conveniente agregar algunas citas y notas históricas por vía de documentos justificativos. Para mayor comodidad del lector las he relegado al final del drama, donde se hallará también un vocabulario de las voces indígenas que se emplean.

F. S.

NUEVA YORK, Junio, 1891.

HATUEY

Libertà va cercando, ch' è sì cara,
Come sa chi per lei vita rifiuta.
—Dante.

PERSONAS

HATUEY,

MACORIJES,

ATABAIBA,

UN BEHIQUE,

UN ANCIANO GUERRERO,

JOVEN GUERRERO,

UN MENSAJERO,

INDÍGENAS DE AMBOS SEXOS,

DIEGO VELÁZQUEZ DE CUÉLLAR,

FRANCISCO DE MORALES,

DIEGO DE ORDAZ,

PEDRO DE ORDAZ,

JUAN DE GRIJALVA,

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS,

UN PADRE FRANCISCANO,

SOLDADOS ESPAÑOLES.

CUBA, 1511–12.

ACTO PRIMERO

ALDEA DE ABORÍGENES: PLAZA CENTRAL.

EL BEHIQUE, INDÍGENAS DE AMBOS SEXOS con ramos, flores y ofrendas que depositan al pie de la imagen del Semí.

EL BEHIQUE.

Naitanos y naboríes
De Maisí, donde la ley
Nos rije del fuerte Hatuey,
Que protejen los Semíes:
Él, nuestra luz y esperanza,
Nos ordena que ensalcemos
Al Semí grande, y le honremos
Conforme á la antigua usanza:
Con batos y procesiones,
Con tambores y con guamos,
Guirnaldas, ofrendas, ramos,
Y con danzas y canciones.
Girad, girad en redor
De la imagen venerada,
Mano con mano enlazada,
Mientras yo canto en su honor.
Girad, girad sin reposo

Mientras la fuerza os aliente ;
Balancéaos dulcemente
Como guáiro en mar undoso.
Empiece el baile á los sones
De los guamos y el tambor ;
Suba al Semí nuestro amor
En nuestras puras canciones.
Pase en festejos el día ;
Y en areíto sonoro
Únanse y formen un coro
Vuestras voces y la mía.

(Se asen de la mano hombres y mujeres formando rueda en torno de la imagen del Semí, y danzan mientras dura el himno cuyo coro cantan todos).

EL BEHIQUE.

¡ Oh Semíes ! el rayo tremendo
Arrojáis, y da muerte ó aterra;
Y huracanes tenéis que rugiendo,
Monstruos de aire, destruyen la tierra.

Al caribe los rayos abrasen:
Haga hundir sus canoas el viento;
Y sus campos las aguas arrasen,
Y aquí paz, abundancia y contento.

CORO.

Al caribe los rayos abrasen;
Haga hundir sus canoas el viento;
Y sus campos las aguas arrasen,
Y aquí paz, abundancia y contento.

EL BEHIQUE.

Luna y sol, que en el cielo florecen;
Tierra y mar, y cacique y naitano;
Babujal y guaní os obedecen,
Y su vida tenéis en la mano.

No volváis á nosotros, con ira,
¡ Oh Semíes ! el rostro severo:
Dad el odio al Tuirá, que odio inspira;
Vuestro amor al que os ama sincero.

CORO.

No volváis á nosotros, con ira,
¡ Oh Semíes ! el rostro severo:
Dad el odio al Tuirá, que odio inspira;
Vuestro amor al que os ama sincero.

EL BEHIQUE.

Cesen las danzas y los cantos cesen:
Hatuey se acerca, á recibirle vamos,
Pagándole el tributo de respeto
Que se debe á un cacique fuerte y sabio.

(Se dirije hacia HATUEY que entra acompañado de varios guerreros).

EL BEHIQUE.

¡ Salud á Hatuey, y fuerza y larga vida !

HATUEY.

¡ Salud á mi Behique y mis naitanos !
Salud ¡ oh naboríes ! Ya resuenan
En las alturas los cantares santos.
Y pues al gran Semí ya habéis pedido
Que aleje de este suelo todo daño,
Y del Tuirá nos libre, y que su apoyo
Nos preste, y fortalezca nuestro brazo
Contra el caribe audaz, aprovechemos
Esta ocasión para pedir su amparo
Contra más grave mal, contra un peligro
Mayor que cuanto habéis imaginado.

EL BEHIQUE.

Hablad, señor, hablad.

HATUEY.

Oidme atentos.
Hace ya muchas lunas que llegaron
En canoas enormes á Quisqueya
Desconocidas gentes: rostro blanco,
Trajes no vistos, relucientes armas
Que el trueno imitan y que lanzan rayos.
¿ Lo que hicieron, sabéis ? Aquellos hombres,
Que españoles se nombran y cristianos,
Con amor, con respeto recibidos,
El bien con mal, como el jagüey, pagaron.
Quisieron que al cacique de sus tierras

Como á señor de nuestro suelo, y amo,
Obediencia prestásemos: quisieron
De todo, por la fuerza, despojarnos:
Siervos suyos hacernos: su codicia
Quisieron con la sangre y el trabajo
De los nuestros saciar, cual si nacidos
Fuéramos sólo para el hombre blanco.
Y con doblez y con perfidia alcanzan
Someter á Quisqueya: y el que osado
Resiste, si no muere en la pelea,
En los tormentos muere; y el que manso
El cuello dobla, á servidumbre horrible,
Más que la muerte misma, condenado.

(Pausa).

¿Sabéis lo que pasó cuando Quisqueya
Fué sometida? ¿Lo sabéis?...Naitanos,
Caciques, naboríes, pequeñuelos,
Ancianos, hembras,—todos son esclavos.
Toman nuestras mujeres, nuestras hijas;
Matan al padre, matan al hermano;
Todo lo arrasan, lo atropellan todo;
Nada piedad merece á los malvados....
Yo he visto, oíd, del seno de la madre
Arrebatar al niño y estrellarlo
Contra las peñas, y ultrajarla á ella;
Golpes ví al ruego dar, risas al llanto:
Ví derrocar á los Semíes nuestros
É imponernos el suyo: ví lanzado,

Al que le niega culto, en vivas llamas,
Y en su dolor terrible á los cristianos
Gozarse he visto, y complacerse luego
En la desperación de nuestro espanto!...

EL BEHIQUE.

¡Son el Tuirá!

TODOS.

¡Son el Tuirá!

EL BEHIQUE.

¡Caribes!

HATUEY.

El caribe no fué tan inhumano.
Tamaña iniquidad, crímenes tales
Jamás nuestro enemigo ha consumado
En su avidez de sangre. Esto lo han hecho,
Esto ejecutan sólo esos cristianos.
Lo mismo harán aquí: tened presente
Que aquí lo mismo harán los hombres blancos
Si pisan este suelo... Y por ventura,
¿La causa conocéis que á esos extraños
Á tan horrendos crímenes incita?

EL BEHIQUE.

Sí; porque son crüeles y malvados.

HATUEY.

Otra causa hay mayor: proviene todo
Del Semí de los pérfidos cristianos,
Que llaman *oro*: el *oro* es lo que adoran;
Su religión el *oro*. Han observado
Que hay oro entre nosotros, y obtenerlo
Es su afán, su ambición: ved en mis manos
Su dios, lo que los mueve, lo que buscan.

(Tomando un puñado de oro de un cestillo que está al pie de la imagen del Semí).

¡ Ved al Semí del español!... Hagamos
Danzas y fiestas, y en su honor cantemos
Areítos: quizás le den agrado
Las plegarias, el baile y las ofrendas;
Placer quizás le cause nuestro canto,
Y venga en nuestro auxilio y nos liberte
De la odiosa presencia del cristiano.

VOCES DIVERSAS.

¡ Está bien! ¡ Está bien!

EL BEHIQUE.

Oidme atentos:
Mis voces repetid, y empiece el canto.

Poderoso Semí del cristiano,
Ojos de él, lengua de él, corazón:

Para él tú eres todo; y hermano,
Hijo, padre, mujer, nada son.
Morador de la arena del río,
Donde oculto prefieres estar,
Presta oídos al cántico mío,
Y esta ofrenda te digna aceptar.

CORO.

Jamás al suelo nuestro,
Jamás á estas riberas
Tus blancos servidores
Se acerquen ¡ oh Semí !
Piedad ten de nosotros;
Calma á esas gentes fieras;
Sus iras, sus furores,
Aléjalos de aquí.

EL BEHIQUE.

Si areítos, si danzas no hacemos
En tu honor, ¡ oh Semí sin altar !
No te enojes; ¿ acaso debemos
Los antiguos Semís olvidar ?
Con el padre ellos buenos han sido,
¿ Por qué el hijo los ha de afligir ?
No te irrite quien no te ha ofendido ;
No nos hagas, sin culpa, morir.

CORO.

Fieles te adoraremos
Si tú ampararnos quieres:
Sólo por tí el cristiano
Medita nuestro mal.
Semí, si injusto no eres,
Extiende ya tu mano,
Y libra nuestro suelo
De su hálito mortal.

HATUEY.

Bien está: mas si el dios del extranjero,
Objeto de su afán, aquí guardamos,
Ellos lo han de saber. Vendrán, feroces,
Y muerte, esclavitud los hombres blancos
Para obtenerlo han de traer, y libres
Del furor y codicia del cristiano
No hemos de estar, mientras guardemos oro,
Aunque en nuestras entrañas lo escondamos:
De allí lo arrancarán con nuestra vida...
Mejor será en las aguas arrojarlo:
No lo sabrán, y entonces á este suelo
El español no ha de venir. Pensadlo.
¿ Qué os parece ? Decid.

MUCHAS VOCES.

Al río, al río
Arrojemos el dios de esos malvados.

EL BEHIQUE.

Antes un areíto le entonemos.
Oidme, pues, y repetid mi canto.

(Hombres y mujeres, asidos de las manos, danzan en derredor del cestillo lleno de oro, repitiendo los versos que va cantando el BEHIQUE).

Húndete en el profundo
Seno del agua inmensa,
De donde tú saliste
Sólo á ejercer el mal,
Donde quedar debiste,
Oro infernal.

Maldito, abominable,
Húndete, desparece
Por siempre en la sombría
Mansión del babujal,
Donde jamás hay día,
Oro infernal.

El labio que te nombre,
La mano que quisiere
Sacarte, queden secos:
Y llene horror mortal
El ojo que te viere,
Oro infernal.

(Arrojan el cestillo al río y todos guardan profundo silencio algunos instantes).

HATUEY.

Así tal vez el mal que ya amenaza
Logremos evitar: mas no confiados,
Tranquilos reposéis: la resistencia
Que oponga al enemigo nuestro brazo,
Es el único auxilio y esperanza
En que debe pensar quien es sensato.
Hay que aprestarse, pues; de vuestras flechas
Las puntas aguzad, tended los arcos,
Endureced al fuego las macanas,
Arreglad los colores: preparados,
Y á resistir dispuestos, nos encuentren
Si vinieren aquí; sí, resistamos;
Resistamos: á puntos de refugio
Niños, mujeres han de ir, y ancianos:
Pero los fuertes aprestarse deben.
¡ Los guerreros conmigo ! El hombre blanco
Muere también, lo mismo que nosotros.
Y solos no estaremos; hay aliados.
Ya todos los caciques se preparan
Á venir con sus fuerzas á auxiliarnos.
Iremos á las selvas: su espesura
Á cubierto nos pone del cristiano
Y nos hará invencibles: con nosotros
Los Semíes están; y si no es dado
Triunfar, al menos moriremos libres:
Menor mal es morir que ser esclavos.
(Se retira con sus guerreros).

PRIMER INDÍGENA.

¡ Qué inicuas gentes son esas
De que el cacique nos habla!

SEGUNDO INDÍGENA.

Uno que en Quisqueya ha estado
Cuenta de ellos cosas raras:
Vestidos van todo el cuerpo,
Nunca abandonan sus armas,
Y tienen fuerzas terribles,
Y cabellos en la cara.

PRIMER INDÍGENA.

Del Turey dicen que vienen.

EL BEHIQUE.

¿ Del Turey gentes tan malas ?...
¡ Hijos del Tuirá son ellos !
Y donde ponen la planta
Todo es horror, todo tiembla,
Y en sangre todo se baña.

UN INDÍGENA.

Yo quisiera sus canoas.

UNA JOVEN.

Yo sus trajes.

JOVEN GUERRERO.

Yo sus armas.

PRIMER INDÍGENA.

Yo que esos nuevos caribes
No vinieran á estas playas.

UNOS.

¡ Horribles hombres !

OTROS.

¡ Crueles !

UNA JOVEN.

Miedo, sin verlos, me causan.

PRIMER INDÍGENA.

Y el Semí que ellos adoran
Al nuestro en poder iguala.

EL BEHIQUE.

No hay que temerle, pues yace
En el fondo de las aguas.

UN ANCIANO.

¡ Ahí tuvieran los cristianos
Para siempre su morada !...

Respirábamos ya libres
Del caribe y de su saña,
Y ahora nuevos peligros,
Nuevos males amenazan.

UNA JOVEN.

¿ Qué haremos si aquí vinieren ?

PRIMER INDÍGENA.

Huir á nuestras montañas:
Allí estaremos en salvo...
¡ Sólo nombrarlos me espanta!

JOVEN GUERRERO.

¡ Huir, huir aconsejas!—
Mujeres y niños vayan
Á refugiarse en los montes;
Con justicia Hatuey lo manda:
Pero también nos ordena
Que el fuerte apreste sus armas
Y á combatir se disponga.
Huye al monte, si te agrada:
Si no te cuentas por hombre,
Deja el arco, ponte naguas,
Ve á preparar el casabe,
Teje algodón para hamacas,
Cultiva el campo, haz el fuego,
Y con las mujeres anda...

¿ Quieres que huyamos al monte?...
¡ Huir!... Y nuestras macanas,
¿ Á qué sirven? ¿ Y estas flechas
Que al ave en su vuelo paran?

PRIMER INDÍGENA.

¿ Mas no has oído, insensato,
Que rayos ardientes lanzan
Las armas suyas, y envían
La muerte á una gran distancia?

JOVEN GUERRERO.

Todo lo sé; mas también
Sé que el cacique reclama
Ayuda del brazo nuestro,
Y que á luchar se prepara.
Sé que si triunfa el cristiano
La esclavitud nos aguarda,
Y trabajos y tormentos
Que hacen la vida una carga.

EL ANCIANO.

Razón tienes, sí: yo he visto
En Haití esa gente blanca:
Blanco rostro, blancas manos,
En sangre nuestra empapadas.
Ví los quemíes que montan;
El trueno oí de sus armas;

Ví los rayos que despiden
Y los estragos que causan;
Ví sus inmensas canoas,
Y sus trajes, sus macanas
Como guanín relucientes,
Y ¡ ay ! presencié sus matanzas,
Y á caciques y naitanos
Morir he visto en las llamas...
Por eso más que á la muerte
Los aborrezco y me espantan.

EL BEHIQUE.

¡ Del Semí los rayos todos
Ardientes sobre ellos caigan !

EL ANCIANO.

¡ En ceniza los convierta
El fuego, cual seca yagua !

JOVEN GUERRERO.

¡ Si vienen, piedad no encuentren !
Muerte á esa pérfida raza,
Que mientras Hatuey nos guíe
No debemos temer nada.

EL ANCIANO.

Sí; que al cacique en prudencia
Y en valor nadie aventaja.

Conocíle ha muchas lunas
Cuando regía en Guajaba:
Era fuerte entre los fuertes;
En manejar la macana
No tuvo igual, y las flechas
¿Quién sabe como él lanzarlas?
Y en los batos ¿quién le vence?
Y en el correr ¿quién le alcanza?
¿Quién trepa como él un árbol?
¿Y quién en nadar le iguala?
Y sus triunfos en la guerra
Los areítos proclaman:
No demos, pues, al olvido
Sus consejos, sus palabras;
Y los guerreros preparen
Arcos, flechas y macanas.

UNOS.

Si vienen ¡muerte con ellos!

OTROS.

¡Qué ninguno encuentre gracia!

UNA JOVEN.

Y ahora, á los areítos.

OTRA.

Continuemos nuestras danzas.

CANSÍ DE HATUEY

HATUEY, MACORIJES, UN ESPÍA.

HATUEY.

¿Con que dices que se aprestan
Los cristianos, y esta vez
Á Cuba vienen?

EL ESPÍA.

Señor,
Á su campo me acerqué,
Aunque temblando lo hice.
Ví en la sabana correr
Esos monstruos que ellos tienen;
Y reunidos también
Muchos guerreros he visto,
Y he contado muchos diez.
En el cansí del cacique,
Que aquí los ha de traer,
Al aire flotaba un lienzo
Que me han dicho señal es
De expedición que se apresta,
Y á todos hace saber
En donde alistarse pueden,
Pues de todo me informé.
Y cuatro grandes canoas
Hay en el mar.

HATUEY.

Está bien.
De cuanto sabes y has visto
Guarda silencio.

EL ESPÍA.

Así haré.

HATUEY.

Parte: infórmate de todo
Cuanto allí vieres hacer;
Y antes que mueran diez soles
Vuelve aquí.

EL ESPÍA.

Yo aquí estaré.
(Sale).

HATUEY.

Ya has oído.

MACORIJES.

Grave mal
Nos amenaza.

HATUEY.

Ya vés,
Cuanto he dicho, confirmado.
No hay tiempo, pues, que perder.

MACORIJES.

Son temibles enemigos.

HATUEY.

Sí, Macorijes, lo sé:
Yo los he visto de cerca,
Y yo conozco también
Los medios de que disponen.

MACORIJES.

¿Y los podremos vencer?

HATUEY.

No es fácil... Mas someternos
Sin luchar, y que después
La esclavitud nos abrume...
Antes ¡ah! que esclavo ser
Más vale morir; la muerte
Nos libra de la avidez
De los cristianos. Luchemos.

MACORIJES.

Luchemos, sí: mejor es
Que someternos tranquilos.
La esclavitud no podré
Soportar, que no nací
Para ser esclavo, Hatuey.

HATUEY.

Yo buscando libertad
Á Quisqueya abandoné,
Y á esta región he venido
Donde el cristiano cruel
Aun no ha fijado la planta;
Y soy libre.

MACORIJES.

Hiciste bien.
¿Y cuentas con el apoyo
De otros caciques?

HATUEY.

Ya envié
Mis mensajeros á cuantos
Desde Maisí á Camagüey
Tienen gobierno, y á unirse
Conmigo los invité.

MACORIJES.

¿Y qué responden? ¿Se unen?

HATUEY.

Todos lo prometen.

MACORIJES.

¡ Qué !...
¿ Sólo promesas ?..¡ Promesas !...
Perdidos somos, Hatuey.

HATUEY.

No comprenden el peligro.

MACORIJES.

No lo quieren comprender.

HATUEY.

Remedio pongamos pronto;
Muy tarde será después.

MACORIJES.

Nuevos emisarios manda;
Y si tú quieres, yo iré:
No hay cosa que me detenga
Ni me haga retroceder.

HATUEY.

Sí, Macorijes, acepto:
Marcha al punto, corre, vé,
Y ruega á cuantos caciques
Hay de Maisí á Camagüey,
Que unan sus fuerzas conmigo
Si esclavos no quieren ser;

Diles quien es el cristiano,
Si de esa gente cruel
Nada saben, y que tiemblen
Si lo llegan á saber;
Y los crímenes relata
De que Haití víctima es.

MACORIJES.

Parto al punto : cuanto he oído,
Cuanto pasa les diré;
Que ahora es la ocasión, ó nunca;
Y no hay tiempo que perder.

HATUEY.

La unión, la unión les suplica:
Ahora unión, unión después.
Diles que yo no pretendo
Mando supremo ejercer,
Ni ser cacique de todos;
Que el mando al más digno den:
Que ellos allá lo decidan.—
Lo que importa resolver,
Cuanto antes, es unirnos,
Pues salvación nuestra es.
Que reunan los guerreros
De que puedan disponer;
Que se decidan, que siempre
Dispuesto hallarán á Hatuey.

MACORIJES.

Sea cual fuere su respuesta,
Yo á tu lado me pondré,
Y habré de triunfar contigo
Ó contigo he de caer.
Tengo influjo entre los míos;
Cuando era joven luché
Contra el caribe en Quisqueya,
En Jamaica y Borinquén ;
Y también de los cristianos
Algo se me alcanza, Hatuey.
Yo de bohío en bohío
Los guerreros buscaré
Que macana y flechas tienen
Y valor tienen también:
Los animaré á la lucha,
Á tu lado los traeré,
Y temor el enemigo
No nos habrá de imponer,
Que las armas del cristiano
Sólo matan una vez.

HATUEY.

Hablaste bien, Macorijes:
Bien hablaste: hemos de ser
Hermanos de armas: juremos
Por los Semís que nos ven
Eterna amistad, alianza
En guerra y paz.

MACORIJES.

Yo seré
Cuanto dices, y lo juro
Por los Semís que nos ven;
Y ellos confirmen el pacto
De Macorijes y Hatuey.

HATUEY.

Tu guaitíao soy.

MACORIJES.

Yo el tuyo.

HATUEY.

Troquemos los nombres, pues.

MACORIJES.

Yo seré Hatuey-Macorijes.

HATUEY.

Yo Macorijes-Hatuey.

MACORIJES.

Amistad en paz y en guerra.

HATUEY.

En paz y en guerra juré.

MACORIJES.

Amistad en vida y muerte.

HATUEY.

En vida y muerte ha de ser.
Y quien rompiere este pacto
Perezca; y caigan en él
Del Semí las maldiciones:
Y sus hijos, su mujer,
Y sus padres, sus hermanos,
Todos perezcan también:
Sus parientes, sus amigos,
Y sus siervos á la vez;
Sus bohíos, sus canoas,
Cuánto pudiera tener !

MACORIJES.

Que se cumpla cuanto dices
En Macorijes y Hatuey,
Y en los hijos de los hijos
Del que al pacto fuere infiel.

HATUEY.

Á prepararnos ahora.

MACORIJES.

Mis guerreros voy á ver,
Y también á los caciques
Desde Maisí á Camagüey.

HATUEY.

Los Semíes te acompañen
Y su protección te den.

MACORIJES.

Y contigo queden ellos
Y te quieran proteger.

(Sale).

HATUEY, *solo.*

Si el fuego que te anima hubiera ardido
En los hijos de Haití; si nuestros padres,
Como el caribe, á la piedad ajenos,
Vertido hubiesen la malvada sangre
De los cristianos, y cenizas y humo
Vuelto, cual rollos de cohibá, sus naves;
Si no dieran oído á los halagos
Y promesas del pérfido Almirante,
No lamentaran hoy su error funesto,
Su insensata bondad que, luego, tarde,
Muy tarde, remediar han intentado,
Cuando el peso sintieron abrumante
De vil esclavitud, y ya se extinguen
Cual seca yagua que entre llamas arde...
¡ Ah ! del cacique Guarionéx el sueño,
La predicción ya se realiza !... ¡ Infames !

ACTO SEGUNDO

CAMPO DE LOS ESPAÑOLES: TIENDA DE VELÁZQUEZ.

FRANCISCO DE MORALES, PEDRO DE ORDAZ.

MORALES.

Y ¿qué os movió la Española
Á dejar por estas tierras,
Amigo Ordaz?

PEDRO DE ORDAZ.

Aquí vengo
En pos de aventuras nuevas,
Pues por ahora, Morales,
Aquello tranquilo queda.
Soy joven, tengo ambición,
Bulle la sangre en mis venas,
Y á mí la acción me hace falta.
Quiero atrevidas empresas
Que honra me den y provecho:
El peligro no me arredra;

Y si mi objeto lograre
Saliendo al fin de pobreza,
Que es lo que importa, los medios . . .
Es asunto de conciencia.

MORALES.

No creo que mucha honra
Por lo pronto aquí se obtenga;
Y en cuanto á medrar, amigo,
Más tarde las encomiendas
Tal vez produzcan su efecto.
Lo que ahora se cosecha
Son fatigas y trabajos.

PEDRO DE ORDAZ.

Mas ¿cómo vamos de guerra?

MORALES.

¿La guerra decís?

PEDRO DE ORDAZ.

Supongo
Que no ha sido la tarea
De llegar y recaudar;
Que se opone resistencia,
Se ruje por la Española.

MORALES.

Escaramuzas pequeñas
Tenemos; y, no embargante,
Con la endiablada estrategia
De estas gentes, si persisten,
Durará mucho la fiesta.

PEDRO DE ORDAZ.

Y ¿cómo fué el desembarco?

MORALES.

Hubo de todo: desierta
La orilla estaba; ni un alma
Se veía en la ribera
Ni por aquellos contornos.
En direcciones opuestas
Enviamos exploradores
Que á nadie hallaron: la tierra
Parecía haberse abierto
Y tragado á todos: cerca
Se alzaba un monte, y sentamos
Nuestro campo en su ladera.
Me interné el siguiente día
Con algunas de las fuerzas,
Quedando Diego Velázquez
Con el grueso: su plan era,
Si dábamos con guerreros,
Forzarles á que salieran

Al llano: no bien hubimos
Andado como una legua,
Lluvia copiosa de dardos
Nos reveló la presencia
De los contrarios, ocultos
Entre las altas malezas.
Avanzo al punto al lugar
De donde parten las flechas:
Llego; abandonado estaba.
Mas observo que me esperan
Á corta distancia, firmes:
El lobo está en la conseja,
Dije; á ellos corro, y descargan
De nuevo el arco, y se internan.
En mi esperanza burlado,
Finjo abandonar la empresa
Dando tiempo á que Velázquez
Con su gente se me uniera.
En mayor número entonces
Los contrarios se presentan,
Y cual piedras á tablado
Espesos sus dardos vuelan.
Á acometerlos me arrojo
Prometiéndome dar cuenta
De todos; mas prevenidos
Por los muchos centinelas
Que en los picos de los montes
Están con el ojo alerta,
La intención nuestra comprenden

Y se entraron por las selvas,
Donde Luzbel que los siga,
Si para el caso ha paciencia.

PEDRO DE ORDAZ.

Pero después ¿ qué habéis hecho ?
El soldado ¿ en qué se emplea ?

MORALES.

Desde entonces todo es marchas
Entre bosques y malezas
En busca de un enemigo
Que existe, y no se presenta.
Ni pró ni gloria se alcanza
En esta maldita guerra;
Si es que tal nombre merece
Correr sin descanso ó tregua,
Con hambre y sed, y durmiendo
Á la luz de las estrellas;
Paso abrirse en la llanura;
Paso en la enramada espesa
De bosques en que la luz
Escasamente penetra,
Que en este país parece
Que hasta germinan las piedras;
Sin contar las sabandijas
Que nuestra sangre envenenan,
Y las lluvias torrenciales

Que diluvios asemejan,
Y las maldecidas fiebres
Que en piel y hueso nos truecan.

PEDRO DE ORDAZ.

No es nada halagüeño el cuadro:
Cierto, no vale la pena
Poner la vida al tablero
En tal linaje de empresas.
Mas me habéis dicho, Morales,
Que al campamento se acerca
Mi hermano Diego.

MORALES.

Un soldado
Me dió la noticia: es buena.
Y prisioneros conduce.

PEDRO DE ORDAZ.

Yo voy, con vuestra licencia,
Á su encuentro.

MORALES.

Dios os guíe.

PEDRO DE ORDAZ.

Con Dios quedad.

(Sale).

MORALES.

Alma llena
De ambición, que no reparas
En medios como se obtenga
Tu deseo, lo que buscas
No hallarás en esta tierra.

(Entra VELÁZQUEZ).

VELÁZQUEZ.

Y bien ¿qué nuevas, Morales?

MORALES.

Señor Velázquez, las nuevas
Son que Grijalva y Ordaz
Con prisioneros se acercan,
Y uno principal parece.

VELÁZQUEZ.

Á servir en encomiendas
Irán, aunque por traidores
Bien merecen otra pena.
Pero ser clemente quiero,
Por más que ya esta contienda
En verdad que me fatiga,
¡Por Cristo! y me desespera.

MORALES.

Razón hay, Señor Velázquez,

Para perder la paciencia,
Y darse al mismo demonio,
Con respeto dicho sea.
Ya los soldados murmuran,
Pues lo que no hacen las flechas
Harán las enfermedades.

VELÁZQUEZ.

Su deber es la obediencia:
Sufran y callen, que á todos
Un mismo mal nos aqueja.
Pero acabar es preciso:
Ved de un plan con que se pueda
Conseguir que ese cacique,
Que es el alma de esta gresca,
Su táctica de emboscadas
Y de ataques y carreras
Abandone, y le traigamos
Donde reciba tal felpa,
Que pague caro su audacia
Y haya fin esta contienda.
Ved que os ocurre, Morales.

MORALES.

Señor Velázquez, la empresa
No es fácil, porque ese indio
Es astuto, por la cuenta,
Y no caerá tan de plano

En la red que se le tienda;
Pues si abandona sus bosques
Bien sabe lo que le espera.
Recordad el desembarco,
Y el tino aquel, la prudencia,
Con que, arriesgando muy poco,
Nos hostilizó de cerca.
Él no saldrá á campo raso,
Ni cambiará de estrategia,
Y de este modo la lucha
Prolongará cuanto quiera.

VELÁZQUEZ.

Pues debemos, cuanto antes,
Bien por astucia ó por fuerza,
Apoderarnos del jefe
Y en paz quedará la tierra.

(Pausa).

Mas tal vez los prisioneros
Que á nuestro campo ahora llegan
Den informes que nos sirvan
Al intento.

MORALES.

Hasta la fecha,
Cuanto de otros se ha sacado,
Es que Hatuey por nombre lleva
El jefe á quien obedecen;
Y no más.

VELÁZQUEZ.

Enhorabuena.
Haced que los prisioneros,
Morales, al punto vengan.

MORALES.

Parto con vuestro permiso.

(Sale).

VELÁZQUEZ.

Yo he de hacer que esta ralea
Sobre la marcha revele
Cuanto á mi objeto interesa.
Si callaren, el tormento
Tiene virtudes excelsas;
Y á menos que mudos fueren
Les hará mover la lengua.

(Entran MORALES, GRIJALVA y DIEGO DE ORDAZ con varios INDIOS maniatados).

MORALES.

Aquí están los prisioneros.

VELÁZQUEZ.

¿Quién es el jefe?

MORALES.

Atrás queda.

VELÁZQUEZ.

¿ Por qué no viene ? Traedle.

GRIJALVA.

Le están ligando unas vendas
Á heridas que ha recibido
En el brazo, en la refriega.

VELÁZQUEZ.

¿ Esforzado es según eso ?

GRIJALVA.

Nos ha dado claras pruebas
Defendiéndose, y peleando
No cual hombre, como fiera.
No poco trabajo ha sido
Rendirle, y á duras penas
Nos fué posible apresarle.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Bien la macana maneja !
Que á ser arma de otro temple
El triunfo caro nos cuesta.

VELÁZQUEZ.

Y ¿ qué habéis averiguado
Del jefe á quien obediencia
Rinde esta gente ?

GRIJALVA.

No hay forma
De que den una respuesta
Á las preguntas que hacemos.

MORALES.

El prisionero se acerca:
¡ Ved qué erguido se adelanta !

VELÁZQUEZ.

Tiene una hermosa presencia,
El rostro franco. Morales,
(Entra MACORIJES).
Llevad á esa gente afuera:
(Señalando á los prisioneros).
Dejadme solo con éste.
Guardas poned en la puerta.
(Salen todos).
¿ Tu nombre ?

MACORIJES.

Hatuey–Macorijes.

VELÁZQUEZ.

Ó he oído mal tu respuesta,
Ó me has dicho que te llamas...

MACORIJES.

Hatuey–Macorijes: esa
Mi respuesta fué.

VELÁZQUEZ, *aparte.*

¡ Por Cristo,
Que el indio tiene soberbia !—
¿ Eres por ventura deudo
Del cacique de esta tierra
Que contra su dueño y rey
Audazmente se rebela ?

MACORIJES.

Yo soy su confederado,
Su hermano de armas.

VELÁZQUEZ.

¿ Estrecha
Será la amistad que os une ?

MACORIJES.

Que ni con la muerte cesa.

VELÁZQUEZ.

Mucho me place saberlo,
Pues de seguro que entras
En sus consejos, y sabes
Lo que quiere, lo que intenta.

MACORIJES.

Resistir.

VELÁZQUEZ.

¿Y por ventura
Obtener el triunfo espera?

MACORIJES.

Si no se triunfa, se muere.

VELÁZQUEZ.

De valiente es la respuesta;
Mas sin cordura el valor,
¿Á qué sirve? y es demencia
Empeñarse en una lucha
Si para vencer no hay fuerzas.

MACORIJES.

Y sin luchar someterse,
Para las mujeres queda.

VELÁZQUEZ.

Mucho más cuerdo sería,
Descansando en la clemencia
De mi Rey, poner las armas.

MACORIJES.

¡Clemente quien sólo piensa
Nuestro mal y nuestra ruina!
¡Someterse á los que intentan
Á esclavitud reducirnos! . . .
Primero la muerte venga.

VELÁZQUEZ.

Á mi Rey mueve tan sólo
El bien de la raza vuestra.

MACORIJES.

¿Se borró de la memoria
Lo que habéis hecho en Quisqueya?
Si paz quieres, paz queremos;
Pero abandona esta tierra,
Que siempre del enemigo
Odiosa fué la presencia.

VELÁZQUEZ.

Prisionero, tus palabras
Has de medir, y recuerda
Que tu vida está en mis manos.

MACORIJES.

Acaba al punto con ella,
Pues perdí mi libertad.

VELÁZQUEZ.

Tú recobrarla pudieras
Si cuerdamente procedes.

MACORIJES.

¿Cómo?

VELÁZQUEZ.

Dime dónde asienta
Su campo Hatuey.

MACORIJES.

¿ Qué preguntas ?
¿ Quieres que á mi hermano venda?
¿ Qué le haga traición ?

VELÁZQUEZ.

Con calma
Escucha, y hablar me deja.
Tu bien y el de Hatuey deseo,
Que el valiente donde quiera
Respeto y honra merece,
Y él lo es, según se cuenta.

MACORIJES.

Verdad habla quien tal dice.

VELÁZQUEZ.

Si donde acampa supiera,
Á verle iría, esperando
De su valor y prudencia
Que, atendiendo á mis razones,
Desista al fin de su empresa.

MACORIJES.

Mientras ávido cristiano
Pise insolente esta tierra,
Paz no habrá, ni paz él pide,
Que yo bien sé cómo piensa.

VELÁZQUEZ.

¡ Voto al...!—¿No sabes que así
Á morir tú le condenas?
Dime dónde está su campo;
Tus juramentos no quiebras:
Y si es tan firme su empeño,
¿ Qué importa que yo le vea?
Tú irás conmigo.

MACORIJES.

Jamás.
Ya te he dado mi respuesta.

VELÁZQUEZ.

¿ Te obstinas?

MACORIJES.

No soy traidor

VELÁZQUEZ.

¿Á revelarme te niegas
Dónde se oculta el cacique?

MACORIJES.

Antes me arranquen la lengua.

VELÁZQUEZ.

¡ Voto á Cristo ! . . ¿Qué es de Hatuey ?

MACORIJES.

En tí no existe la fuerza
Para hacerme hablar, cristiano.

VELÁZQUEZ.

Pronto verás cuánto yerras.
¡ Ira del cielo ! . . ¡ Grijalva !

(Entra GRIJALVA).

Apartad de mi presencia
Á ese traidor, y el tormento
Se le aplique hasta que muera,
Ó revele; interrogadle.
Á Diego de Ordaz que venga
Con los demás prisioneros.

(Sale GRIJALVA con MACORIJES).

¡ Ya se acabó mi paciencia ! . . .
Tenacidad cual la suya
No sospeché que existiera
En gentes que me decían
Que humildes y mansos eran.

Tal vez estos pobres diablos
Dirán lo que éste se niega
Á revelar. Probaremos.

(**Entran DIEGO DE ORDAZ y VARIOS INDIOS maniatados**).

Acercáos: la vida vuestra
Está en mis manos: oídme.
El que conservarla quiera
Y obtener su libertad,
Dé á mis preguntas respuesta.
¿ Dónde está el cacique vuestro ?
Decid ¿ con qué gente cuenta ?
El que á su campo me guíe
Tendrá grande recompensa.

(**Los indios guardan silencio**).

¿ Debo repetir acaso
Mis preguntas, gente necia ?
Hablad... ¡ por vida de Dios !
¿ Dónde está Hatuey ? Quien no quiera
Perder la vida, que hable.

(**Los indios guardan silencio**).

¡ Rayos ! en callar se empeñan !
Caro os costará el silencio.
Ordaz, llevadlos afuera,
Y ordenad que, como al otro,
Al tormento los sometan
Hasta que hablen.

DIEGO DE ORDAZ.

Está bien.

(Sale con los prisioneros).

VELÁZQUEZ.

Con esta idiota ralea
Un escarmiento precisa,
Y es inútil la clemencia.
¡ El diablo cargue con ellos !...
¡ Y qué obstinados se muestran !...
Mas ya que bondad no vale,
Á los castigos se atengan.
Si como son testarudos
Armas y bríos tuvieran,
La reducción de esta gente
Sería ruda tarea.—

(Entra DIEGO DE ORDAZ).

¿ Y bien, Ordaz ?

DIEGO DE ORDAZ.

Ya se cumplen,
Señor, las órdenes vuestras.

VELÁZQUEZ.

¿ Qué es del principal ?

DIEGO DE ORDAZ.

Se obstina
En callar; y por la cuenta
Los demás harán lo mismo,
Porque mucho le respetan.

VELÁZQUEZ.

Veremos si ese respeto
Con el potro no se amengua.—
Mas leo en vuestro semblante
Que algo deseáis.

DIEGO DE ORDAZ.

Licencia
Os vengo á pedir. Se trata
De una expedición guerrera,
Y para llevarla á cabo
Necesito vuestra venia.

VELÁZQUEZ.

¿ Cuál es su objeto ?

DIEGO DE ORDAZ.

Apresar
Al cacique de estas tierras,
Que ha tiempo nos va trayendo
Desde la Ceca á la Meca.

Tengo escogida mi gente,
De valor toda y experta:
No son muchos, y esto importa
En esta clase de empresas.
Yo me internaré con ellos
En matorrales y selvas;
No dejaré un escondrijo
En que, si la luz penetra,
No penetre yo también;
Y os apuesto la cabeza
Que le traigo vivo ó muerto.

VELÁZQUEZ.

Es mucho decir. Reseña
Quiero tener de la gente
Que os acompaña, y licencia
Tendréis, Ordaz; y que Dios
Os dé buena manderecha.

DIEGO DE ORDAZ.

Mil gracias: con él quedad.

(Sale).

VELÁZQUEZ.

Valladar ninguno arredra
Á ardimientos juveniles
Que el triunfo seguro cuentan,

Y dan ya por realizado
Aquello que más desean.

(Entra GRIJALVA).

¿ Han declarado los indios ?

GRIJALVA.

Como si de estuco fueran
En silencio permanecen.
Potros y cuñas se emplean
Con los unos, y con otros
Las tenazas y las ruedas,
Astillas y borceguíes;
Pero ni un ¡ ay ! ni una queja
Exhalan, y con su voz,
Con su ejemplo los alienta
El jefe, y callan: inútil
Es el tormento.

VELÁZQUEZ.

En la hoguera
Su audacia habrá de pagar.

GRIJALVA.

Ese fin me causa pena:
Que es, aunque indio, un valiente.

VELÁZQUEZ.

Es necesario que él muera
Para que los otros vivan.
Su muerte escarmiento sea
Y un ejemplo saludable
Á los demás. En presencia
De todos muera en las llamas.
¡ Dios piedad de su alma tenga !—
En cuanto al resto, ordenad
Que el tormento se suspenda:
Ya dispondré de su suerte.
Cumplir mis órdenes queda
Á vuestro cargo, Grijalva.

GRIJALVA.

Lo serán.

VELÁZQUEZ.

Enhorabuena.

ACTO TERCERO

CLARO DE SELVA

DIEGO y PEDRO DE ORDAZ y varios SOLDADOS ESPAÑOLES.

DIEGO DE ORDAZ.

No puedo más: descansemos
Un instante en este limpio,
Hermano Pedro.

PEDRO DE ORDAZ.

Á fe mía
Que harto ya lo necesito.
Dispersos andan los nuestros:
Esto lleva mal camino.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Por el apóstol Santiago
Que nos la habemos lucido !

PEDRO DE ORDAZ.

¡ Cómo que fuimos por lana
Y trasquilados volvimos !
Diego hermano, la derrota
Confesar nos es preciso.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Derrotados !

PEDRO DE ORDAZ.

Que no hay duda.
Y huyendo, y tú mal herido.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Qué vergüenza ! ¡ Qué ignominia !...
Yo no alcanzo á concebirlo.

PEDRO DE ORDAZ.

¡ Mas ¡ ah ! que yo alcanzo á verlo,
Y á otros sucede lo mismo !
Llovieron sobre nosotros
Cual tempestad de granizo
Sus dardos; y la macana,
Aquel salvaje fornido
Que el capitán parecía,
Moviéndola en remolino
Con vigor en torno suyo,
Sentir sus golpes nos hizo.
No darán algunos cuenta
Sino en el día del juicio.

DIEGO DE ORDAZ.

En extremo confiados
En nuestro valor, creímos
Digno sólo del desprecio
Al salvaje, y ya castigo
Recibió nuestra arrogancia.

PEDRO DE ORDAZ.

En confiar está el peligro.
Que es virtud la precaución
En la milicia, es sabido,
Porque se evitan sorpresas
Y lances por el estilo.

PRIMER SOLDADO.

Á fe que nos sorprendieron,
Que de lo contrario, vivo
Uno quedado no habría.

SEGUNDO SOLDADO.

¡ Brava la sorpresa ha sido !
Aún del susto no habéis vuelto,
De que dan claros indicios
Vuestras inquietas miradas.

PRIMER SOLDADO.

Que es todo burla imagino,
Que si no...

SEGUNDO SOLDADO.

Me despacháis
Como hicísteis con los indios;
Es decir, volviendo espaldas,
Que para el caso es lo mismo.

PRIMER SOLDADO.

¿ Os mofáis ? Burlas no sufro,
Que mi honor en mucho estimo.
Si seguís . . .

SEGUNDO SOLDADO.

Vuestras bravatas
Á risa mueven, amigo:
Correr os ví como un gamo.
Mas ¿ quién vuestro acero ha visto ?

PRIMER SOLDADO.

Vos ahora: el vuestro al aire,
Ó como á un can . . .

SEGUNDO SOLDADO.

¡ Chito ! ¡ Chito ! . .
¿ Con qué tenéis un acero ?
¡ Vaya ! Agradezco el aviso.

PRIMER SOLDADO, *sacando la espada.*

Pagaréis vuestra insolencia . . .

SEGUNDO SOLDADO.

Pues queréis que con un chirlo
El rostro os adorne, ¡ en guardia !
Veré si comen contigo
Decir y hacer á una mesa.

DIEGO DE ORDAZ.

Guardad aceros y bríos
Para más digna ocasión,
Ó hago un ejemplar castigo
Con quien se atreva . . .

PRIMER SOLDADO.

¡ Observad ! . . .

DIEGO DE ORDAZ.

Lo que observo es ¡ vive Cristo !
Que todos vamos huyendo
De un despreciable enemigo,
Y con riñas, asaz necias,
Queremos nosotros mismos
Precipitar nuestra ruina.
Harta vergüenza ya ha sido
Ceder el campo, después
De ofrecer que, muerto ó vivo,
Traeríamos con nosotros
Al cacique levantisco.

PEDRO DE ORDAZ.

Prometer fué siempre fácil;
Lo difícil es cumplirlo.
Respecto á lo què ha pasado,
Diremos que acometidos
Sin saber cómo, y por fuerza
Mayor, de pronto nos vimos;
Que ni tiempo nos dejaron
De hacerles sentir el filo
De nuestra espada, y que al fin,
Para salvarnos... corrimos....
Son azares de la guerra.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Muy lindamente lo has dicho !
Mas... ¡ silencio !
(Se oye un rumor lejano).

PRIMER SOLDADO.

Bien ... ¿ qué pasa ?

DIEGO DE ORDAZ.

Voces confusas distingo...

PEDRO DE ORDAZ.

¿ Serán acaso los nuestros ?

DIEGO DE ORDAZ.

No: de salvajes son gritos.

PRIMER SOLDADO.

Sí que son...

DIEGO DE ORDAZ.

Firmes, soldados.
¡ Sus ! ¡ y á ellos ! que es indigno
Retroceder.

PEDRO DE ORDAZ.

¡ Qué locura !
¡ Morir como unos gorrinos
Á manos de estos salvajes !
Eso está bien para niños
Que nada saben del mundo.

DIEGO DE ORDAZ.

Firmes, compañeros míos;
¡ Sus ! ¡ y á ellos !

PRIMER SOLDADO.

¡ Los salvajes !....
Huyamos al bosque, amigos.

(Entran precipitadamente en la maleza, arrastrando consigo á DIEGO DE ORDAZ que quiere resistir).

OTRA PARTE DE LA SELVA

HATUEY y sus GUERREROS.

HATUEY.

¡ Alto ! El cristiano anda cerca:
Estas ramas sangre tiñe;
Estas huellas en el suelo
Nuestras no son, y me dicen
Que ellos por aquí han pasado.
La persecución se avive.
Entrad en ese arcabuco,
Y sin descansar seguidles
Por ese rastro de sangre
Que dejando van, y sirve
De señal donde ellos pasan.
Todos mueran, que es un crimen
Tener con ellos piedad.
(Dirigiéndose á uno).
Parte al punto: dí al behique
Que areítos nos prepare
Para honrar á los Semíes
Por el triunfo; y da las nuevas
Á los cercanos caciques.—
Internémonos, guerreros;
Todo el bosque se registre,

Y del cristiano español
Este suelo quede libre.
Entonces reposo y fiestas
Serán más apetecibles.

(Se internan los guerreros en la selva, siendo HATUEY el último que lo hace).

Más completo hubiera sido
El triunfo con Macorijes.

UN PANTANO CERCA DEL BOSQUE

DIEGO y PEDRO DE ORDAZ.

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Pedro, hermano, á mi socorro !
No me dejes donde estoy:
Por piedad los pasos vuelve;
Dame la mano... ¡ favor !
¡ Sácame de este pantano
En el que hundiéndome voy!...
Ya se me agotan las fuerzas:
No quedes sordo á mi voz,
Por aquella te lo pido
Que en su seno nos llevó !

PEDRO DE ORDAZ, *alejándose.*

Hermano, ves que no hay tiempo
Para nada; y aunque yo
Lo deseo, no es posible,
Pues moriremos los dos.
Por tanto, te pido, Diego,
Que me otorgues tu perdón,
Y que tu alma encomiendes
Á la clemencia de Dios!

(Desaparece).

DIEGO DE ORDAZ.

No me abandones: recuerda,
Pedro, que tu hermano soy . . .
Se fué sin oir mis ruegos:
Ya en el bosque se internó . . .
Luchemos mientras me queden
Fuerzas . . . Pero ¿qué rumor
Percibo cual si las hojas
Algo moviese? . . . Una voz . . .
Seméjase á un canto . . . un indio . . .
Si me vé, perdido estoy.

(Aparece ATABAIBA á cierta distancia, en la orilla del bosque, recogiendo flores y cantando).

ATABAIBA.

Cuando el sol brilla
No sé qué es miedo;
Libre avecilla
Cantar yo puedo.

La selva umbrosa
No me da espanto,
Y aunque medrosa
Me anima el canto;

Me anima el viento
Que en la arboleda
Con leve acento
Mi voz remeda;

La mariposa
Que ya me deja,
Ya vuelve ansiosa
Y al fin se aleja;

La flor que al cielo
Su aroma envía,
Rumor de un vuelo,
La sombra mía;

Y hasta el gemido
De la tojosa
Cuando en su nido
Canta llorosa...

Cuando el sol brilla,
No sé qué es miedo,
Libre avecilla
Cantar yo puedo.

(Durante la última estrofa, ATABAIBA ha salido del bosque, cerca del sitio donde se encuentra DIEGO DE ORDAZ: al verle, exclama):

¡ Ah !

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Soy perdido !

ATABAIBA.

¿ Qué veo ? . . .
¿ Un hombre ? . . . ¡ Qué extraño sér ! . .

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

Me salvé: ¡ es una mujer !—
¡ No huyas ! ¡ No huyas !

ATABAIBA.

Yo creo
Que habla mi lengua: el color
No es el mío.—Dí ¿ quién eres ?
¿ Qué buscas ? De mí ¿ qué quieres ?

DIEGO DE ORDAZ.

Ven, y no abrigues temor.

ATABAIBA.

Pero tú ¿ quién eres, dí ?

DIEGO DE ORDAZ.

Yo soy un infortunado:
Acércate sin cuidado.

ATABAIBA.

Y ¿qué pretendes de mí?

DIEGO DE ORDAZ.

Que me salves.

ATABAIBA.

Yo no sé
Qué pensar, qué hacer... no puedo...
En verdad me causas miedo.

DIEGO DE ORDAZ.

¡Miedo causarte! ¿Por qué?
¿Qué puedo hacerte? Depón
Toda alarma, todo susto.
Mira que el Semí halla injusto
El no tener compasión
Con quien en desdicha está.
Ven, pues, y dame tu mano
Y saldré de este pantano
Que me va tragando ya.

ATABAIBA, *acercándose.*

Bien: á socorrerte voy
Aunque yo ignoro quién seas.

DIEGO DE ORDAZ.

En mí á un desdichado veas,
Y no más.

ATABAIBA.

Contigo estoy.

(Se aproxima á DIEGO DE ORDAZ con precaución y después de varios esfuerzos logra sacarle del pantano).

DIEGO DE ORDAZ.

Gracias, gracias: me has salvado.
Ya era tiempo: no podía
Resistir más, y sentía
Andar la muerte á mi lado.
Sin tí, de mañana el sol
No hubiera visto.

ATABAIBA.

Extranjero,
Yo saber quién eres quiero.

DIEGO DE ORDAZ.

Soy cristiano y español.

ATABAIBA, *asustada.*

¡ Ah ! Me voy . . .

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Qué hay que te asombre ?
¿ En mí acaso un monstruo ves ?
Un hombre el cristiano es:
Y el español ¿ no es un hombre ?

ATABAIBA.

¡ Un español . . . ¡ Un cristiano ! . . .

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Por qué te llenas de horror ?

ATABAIBA.

Yo toda tiemblo, señor . . .
¿ Serás cruel é inhumano ?

DIEGO DE ORDAZ.

¿Cruel con quien me salvó ?
Y además ¿ por qué temer ?
¿ No ves mi sangre correr ?
¿ Qué mal puedo hacerte yo ?
No me juzgues tu enemigo.

ATABAIBA.

Es verdad, la sangre arrojas.
Yo te pondré verdes hojas
Del cohibá. Ven conmigo.

DIEGO DE ORDAZ.

Pues mi salvadora has sido,
Concluye tu buena obra.

ATABAIBA.

Á mí, compasión me sobra
Hacia tí. . .Mas ¿ quién te ha herido?

DIEGO DE ORDAZ.

Los tuyos, niña, me hirieron.

ATABAIBA.

¿ Cuándo ?

DIEGO DE ORDAZ.

Al empezar el día.
Yo marchaba en compañía
De cristianos; mas salieron
Los tuyos tan de repente
Del bosque, en número tal,
Que en combate desigual
Dispersa quedó mi gente.

ATABAIBA.

¿ Te abandonaron ?

DIEGO DE ORDAZ.

Quedé
De algunos acompañado.

ATABAIBA.

¿Por qué no están á tu lado?
¿Dónde han ido?

DIEGO DE ORDAZ.

No lo sé.—
No puedo más: un instante
Necesito descansar.

ATABAIBA.

Ven: yo conozco un lugar,
Que no está de aquí distante,
Donde reposar podrás.

DIEGO DE ORDAZ.

Vamos, niña.

ATABAIBA.

No: primero
Curar tus heridas quiero.

(**ORDAZ** se reclina en el tronco de un árbol. **ATABAIBA** busca algunas hierbas y hojas que aplica á las heridas).

DIEGO DE ORDAZ.

Tú quién eres me dirás.

ATABAIBA.

Soy Atabaiba, la hermana
De Macorijes el fuerte:
Si él amargo cual la muerte,
Yo dulce como la anana.

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

¿ Si será el que yo apresé,
Y á ésta la vida le debo ?

ATABAIBA.

Y soy virgen, y no llevo
Todavía el calembé.

DIEGO DE ORDAZ.

Atabaiba es dulce nombre:
¡ Flor de lirio ! . . ¡ Y eres bella !—
(Aparte).
Y arderá como centella
Sólo al contacto de un hombre.—

ATABAIBA.

Y soy amante, además.

DIEGO DE ORDAZ.

Eres flor de las mujeres.

ATABAIBA.

Si por tu mujer me quieres,
No te dejaré jamás.

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

Pues así me ayude Cristo,
Que ni esta niña se muerde
La lengua, ni tiempo pierde,
Y al grano va, por lo visto.—

ATABAIBA.

Sé preparar el casabe,
Y el maíz sé preparar,
Y nadie el baile guiar
Como yo en las fiestas sabe.
Yo sé tejer con primor
Mantas bellas, y también
Hamacas de jeniquén
Para mi dueño y señor.
Y redes para pescar
Tejo cual nadie; y si canto,
Mi areíto agrada tanto
Que es mío el primer lugar.
Soy fiel cual la biajaní;
Soy, como ella, amorosa;
Seré mujer cariñosa;
¿ Qué me respondes?

DIEGO DE ORDAZ.

Que sí.—

(Aparte).

¿ Si querrá la india engañarme ?
Que al fin, la mujer y el vino
Dan cuenta del más ladino.—
¿ Tan pronto has llegado á amarme ?

ATABAIBA.

Desde que estoy á tu lado,
Siento ardor extraño en mí,
Y sólo estar junto á tí
Quiero, y tenerte abrazado.
Al pie de la seiba aquella,
Sobre la hierba fragante
Reposemos un instante.

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

¡ Y á fe que es joven y bella !
Y no parece fingido
Lo que habla la pobrecilla.
Es inocente y sencilla:
Saquemos de ella partido.—

ATABAIBA.

¿ Qué piensas ? ¿ Por qué no vienes ?
Tu brazo apoya en el mío:
Vamos hacia aquel sombrío. . .
¿ Por qué, señor, te detienes ?

DIEGO DE ORDAZ.

Aquí estamos bien: después
Te seguiré como un niño.

ATABAIBA.

¿ Dudas tú de mi cariño ?

DIEGO DE ORDAZ.

No. Pero dime ¿ quién es
Ese hermano tan nombrado
Que tu labio fuerte aclama ?

ATABAIBA.

Macorijes; y se llama
De Hatuey el confederado.

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

Él es quien murió en la hoguera;
No hay duda.—¿ De Hatuey digiste ?

ATABAIBA.

Sí, de Hatuey. ¿ Le conociste
Tal vez en Haití ?

DIEGO DE ORDAZ.

Quisiera
Conocerle. ¿ Los senderos
Sabes que á él guían ?

ATABAIBA.

¡ No sé !

DIEGO DE ORDAZ.

Mas ¿ cómo saber podré
Dónde está con sus guerreros ?

ATABAIBA.

Nunca en un mismo lugar.
Monstruos los cristianos son,
Dijo el cacique, y razón
No ha tenido para hablar
De ese modo, y si te viese
Su amigo te llamaría.

DIEGO DE ORDAZ.

Y yo su amigo sería
También si le conociese.
Por eso quiero saber
Dónde tiene su cansí;
Llévame, Atabaiba, allí,
Y amigos podremos ser.

ATABAIBA.

No sé ir.

DIEGO DE ORDAZ.

Tal falsedad
De tu falso amor es prueba.

ATABAIBA.

No es falso.

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Qué gente lleva ?

ATABAIBA.

No lo sé.

DIEGO DE ORDAZ.

Dí la verdad.

ATABAIBA.

Sólo sé que muchos diez.

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Pero cuántos ?

ATABAIBA.

Ya lo dije.
Muchos diez: él nos dirige.

DIEGO DE ORDAZ, *aparte.*

¿ Será ignorancia ó doblez ?

ATABAIBA.

No puedo decirte más:
De esas cosas no he sabido,
Ni jamás de ellas he oído
Ni me he ocupado jamás.
Guirnaldas tejer de flores,
Alegre á los batos ir,
Y al coro mi voz unir
Que al Semí canta loores;
Ir á la orilla del mar,
Y allí, con mis compañeras,
Ver quiénes son las primeras
En zabullir y nadar;
Ó buscar del guatiní
Las bellas plumas, ó el nido
De amorosa biajaní
En la maleza escondido:
Mi ocupación esa fué.

DIEGO DE ORDAZ.

Bien está: mas de tu amor
Dame pruebas.

ATABAIBA.

Yo, señor,
Lo que tú pidas, haré.

DIEGO DE ORDAZ.

Así te quiero: obediente.
Averigua con sigilo
En dónde su oculto asilo
Tienen Hatuey y su gente.
Al punto parte; y de todo
Te has de informar con cuidado:
Regresa pronto á mi lado.
Prueba tu amor de ese modo
Y recompensa tendrá.
No me engañes.

ATABAIBA.

No engañó
Atabaiba, ni mintió,
Y á tí no te engañará.
Parto: cuando el conconí
Su canto comienza triste
Y en sombra el bosque se viste,
Vendré ligera hacia tí.
Seré tu mujer, tu esclava.

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Podrás servirme de guía ?

ATABAIBA.

Conozco esta serranía
Hasta el mar en donde acaba.
Dí á dónde te he de llevar,
Ó iré donde tú me lleves;
Mas antes jurarme debes
Que no me has de abandonar.
Me moriré de dolor,
Si estar junto á tí no puedo.

DIEGO DE ORDAZ.

Aquí aguardándote quedo;
Parte, y no tengas temor.
(Sale ATABAIBA).
Capricho, tú el mundo riges:
Me niega auxilio mi hermano:
Huye; y me tiende una mano
La hermana de Macorijes.
Pues mi destino diriges,
Echarme en tus brazos quiero:
Que me sonrías espero
Y realices mi ambición,
Que no tengo corazón
Porque es mi bien lo primero.

ACTO CUARTO

ALDEA DE ABORÍGENES: PLAZA CENTRAL

EL BEHIQUE, INDÍGENAS de ambos sexos con ramos y flores para adornar la imagen del Semí que está en el centro de la plaza.

EL BEHIQUE.

Los Semíes han tenido
Compasión de nuestro mal:
Nuestras súplicas oyeron,
Y nos han hecho triunfar
De los cristianos, que pronto
Sus crímenes pagarán.
Libre ha de verse este suelo
De su presencia infernal,
Desde Marién á Bayamo,
Desdè Bayamo á Ornofay...
Pero...¿dónde está Atabaiba?
¿Por qué tarda? Va á llegar
Nuestro gran cacique, y fiestas
Y areítos se darán
Que de Hatuey celebran triunfos,
Y Atabaiba aquí no está.

Ella siempre fué en los coros
La primera; y al compás
De su voz y de sus pies
Canto y baile siempre van.
Mas ahora ¿ dónde ha ido ?
¿ Dónde se la puede hallar ?
¿ Quién la ha visto ?

UNA JOVEN.

Cuando el sol
Subiendo iba por detrás
De las seibas, en el bosque
Yo la he visto, sola, entrar;
Sola al bosque entrar la he visto:
Tal vez perdida estará;
Pues desde entonces, behique,
Yo no la he vuelto á ver más.

UN JOVEN.

Yo la ví cogiendo flores:
Su dulcísimo cantar
Llenaba el aire; y ligera,
Como quien alegre va,
En el frondoso arcabuco
Yo la he visto penetrar;
Y desde entonces, behique,
Yo no la he vuelto á ver más !

EL BEHIQUE.

¡ El Semí nos la devuelva ! . . .
Mas ya es preciso arreglar
Los coros: venid aquí:
Las casadas se pondrán
Á este lado: las doncellas
Á este otro han de formar.
Las bebidas se preparen,
Y prepárese el cohibá;
Y dancemos y bebamos
Y cantemos sin cesar
En redor del Semí nuestro,
Que detesta la maldad.

UN MENSAJERO, *entrando.*

¡ El gran cacique se acerca !
¡ Aquí el gran cacique está !

(Entran HATUEY y sus GUERREROS).

HATUEY.

Naboríes y naitanos
Y behique, á celebrar
Vamos todos la derrota
Del cristiano, hijo del mal:
Tamboril y guamo y canto
Ahora se oigan resonar,
Y arco, flechas y macanas
En reposo quedarán,
Mientras debe el labio nuestro

Los Semíes ensalzar;
Y tú al punto da, behique,
De las fiestas la señal.

EL BEHIQUE.

Bailad en torno del Semí potente;
Esparcid á sus pies ramos y flores,
Y con guirnaldas adornad su frente
Que al aire den suavísimos olores:
Con pecho puro y labio reverente
Pidamos nos conceda sus favores,
Y á los cristianos odie cuanto crece
Su amor por este suelo.—El canto empiece.

(Todos van llevando sus ofrendas al Semí y desfilan ante su imagen. Luego empieza una danza general en rededor del ídolo, mientras los guerreros cantan el coro del areíto).

EL BEHIQUE.

El hombre blanco en rostro
Y negro en corazón;
El hombre blanco, lleno
De odio, de ambición:
El hombre blanco vino,
Vino iracundo aquí,
Á hacernos sus esclavos,
Á darnos su Semí.
Hatuey lanzó sus flechas;
Hatuey, el hucarán:
Los hombres blancos huyen,
Los blancos muertos van.

CORO DE GUERREROS.

Hatuey lanzó sus flechas;
Hatuey, el huracán:
Los hombres blancos huyen,
Los blancos muertos van.

(Entra precipitadamente un MENSAJERO: se acerca á HATUEY, que después de las primeras palabras, exclama):

HATUEY.

Behique, cesen los cantos;
Cese también el danzar:
La procesión se disperse:
No más ofrendas, no más
Señales de regocijo;
En cántico funeral
El areíto de triunfo
Y en llanto, se ha de trocar.
Todos partid: los guerreros
Quédense aquí.

EL BEHIQUE.

¡ Bien está !

(Todos parten en el mayor silencio, quedando HATUEY y sus GUERREROS).

ANCIANO GUERRERO.

Graves noticias sin duda
Hacen las fiestas cesar.

HATUEY.

¡ No hay ya, no hay ya Macorijes !
Cayó el fuerte guayacán . . .

UNOS.

¡ Murió, murió Macorijes !

OTROS.

¡ Se fué Macorijes ya !

HATUEY.

¿ Dónde estás, hermano de armas ?
Macorijes, ¿ dónde estás ?

ANCIANO GUERRERO.

¿ Cómo cayó Macorijes ?
¿ Cómo cayó el guayacán ?

HATUEY, *al mensajero.*

Habla tú: dí lo que has visto.
Todos silencio guardad.—

EL MENSAJERO.

Oíd, cacique y naitanos:
Por encima del palmar
Iba el sol cuando empezó,
En guasábara tenaz,

Macorijes la macana,
Flechas y arco á manejar.
Con sus armas el cristiano,
Con sus rayos, que horror dan,
Tiñe en sangre la sabana,
Y hace el bosque retumbar.
Temor vierte en los más bravos
El tronido ese infernal;
Mas los arcos no están quietos,
Y crugir se escuchan ya,
Y zumbando por los aires
Emplumadas flechas van.
Mas de pronto en la sabana
Gritos se oyen, gritos..¡ay!..
El cristiano con sus truenos
Logra en tierra derribar
Al valiente Macorijes,
Nuestro fuerte guayacán.
Maniatado, prisionero,
Lo llevaron donde está
El cacique de los blancos,
Un cacique de maldad.
Con promesas y amenazas
Quiere hacerle revelar
Dónde Hatuey su campo tiene,
Qué guerreros cuenta, y más,
Que á ese campo Macorijes
Al cristiano ha de llevar.
Macorijes no responde:

Macorijes mudo está.
Lo desgarran, lo destrozan,
Lo atormentan sin piedad,
Para hacer que abra sus labios
Y responda al preguntar;
Mas no habla Macorijes,
Macorijes mudo está...
Y suspenden los tormentos,
Y los vuelven á empezar,
Y de nuevo le preguntan,
Y de nuevo mudo está.—
Al fin cesan los tormentos:
Y en un árbol lo ví atar,
Y hojas secas, yaguas secas
En redor echando van.
Fuego aplican, y las llamas
Pronto empiezan á brotar,
Y de todas partes suben
Y lo envuelven más y más:
Y humo y llamas, llamas y humo
Brotan, suben sin cesar;
Y silencio todos guardan,
Y en silencio todo está:
Sólo se oye el estallido
Que las secas ramas dan.
No se ve ya á Macorijes . . .
¡ No podré verle jamás ! . . .
Mas sus labios no se abrieron,
Y él ha muerto sin hablar.

TODOS.

¡ Horrible ! ¡ Horrible !

HATUEY.

¡ Venganza !

TODOS.

¡ Sí; venganza !

HATUEY.

¡Bien está !
Lloren mujeres: los hombres
Esa muerte vengarán.
Juremos aquí, naitanos,
Sin descanso pelear
Hasta que vengado quede
Nuestro fuerte guayacán.

TODOS.

Sí, cacique, lo juramos;
Y como dices, se hará.

ANCIANO GUERRERO.

Vengarle debemos todos.
¿ Mas cómo se ha de vengar ?

HATUEY.

Abandonando las selvas.
Ellos aquí no vendrán:
Sobre el español partamos,
É inmolemos sin piedad
Á cuantos caigan, y hogueras
Para ellos también habrá.
Salgamos á las sabanas:
Cansado estoy de vagar
En los bosques, al acecho:
Vamos, pues, á donde están;
Luchemos donde ellos quieran
Contra nosotros luchar.

ANCIANO GUERRERO.

Detente: calma tu furia;
Piensa lo que hablando vas.
¿ Por qué las selvas pretendes
Por las sabanas dejar?

HATUEY.

¿ Qué dices, antigua seiba?
¿ Quién te ha dado autoridad? . . .

ANCIANO GUERRERO.

Tú lo has dicho: seiba antigua
Yo soy, medio seca ya;

Pero que todos respetan
Y se hace respetar.
Óyeme, pues, que mis lunas
Derecho á hablarte me dan.

HATUEY.

Habla, sí, que á tus palabras
Yo quiero atención prestar.

ANCIANO GUERRERO.

¿ Por qué, Hatuey, contra el cristiano
Quieres seguir nuevo plan ?

HATUEY.

Anciano, porque yo quiero
Á Macorijes vengar.

ANCIANO GUERRERO.

Si eso quieres, no abandones
Las selvas, pues llegará
El momento en que podamos
Á Macorijes vengar.
No nos vencen en los bosques;
Pero en las sabanas...¡ ah !
Con los rayos de sus armas
Con todos acabarán.
Ya has visto lo que ha pasado
Con Macorijes, y ya

Viste en Quisqueya lo propio,
Y aquí otra vez lo verás.
Y pues cuerdo en los consejos
Y valiente en el pelear,
Eres, Hatuey, presta oídos
Al que siempre habló verdad.

HATUEY.

Anciano, yo te respeto
Y te oí con calma hablar,
Porque eres fuerte en la guerra,
Y eres prudente en la paz.
Pero veo que las lunas
Que por tí pasaron ya,
De tu sangre el ardor fiero
Ha llegado á amortiguar.
Si en tí la cólera intensa,
Si la venganza voraz
Que me consume, en tu pecho
Llamas hicieran brotar,
No así hablaras, rugirías
Como ruge el huracán.

ANCIANO GUERRERO.

La cólera y la venganza
No aconsejaron jamás
Con acierto, y el prudente
Su voz no debe escuchar.

Mis labios ahora te dicen
La experiencia de la edad:
Quien á sí no se gobierna,
No puede á otros gobernar.
No abandonemos los bosques:
Los cristianos no entrarán
En su espesor, y seguros
Allí podremos estar
Lunas y lunas, y en vano
Rendirnos intentarán.

HATUEY.

Si temor tu pecho siente
En las selvas quedarás:
Yo buscaré al extranjero
Y conmigo ha de acabar
Ó yo con él: los valientes
Todos me acompañarán,
Y aquellos que ante el cristiano
Tiemblan, se queden atrás:
No los quiero.

ANCIANO GUERRERO.

Bien, cacique;
Como dices tú se hará.
No habló el temor: fué prudencia;
Y á tu lado me verás,
Como en lunas que pasaron,

Y aunque débil, manejar
La macana; y aun mis flechas
Lejos algunas irán.

HATUEY.

Ofenderte no he querido.
¿Cómo quisiera agraviar
Al que todos respetamos?

ANCIANO GUERRERO.

El tiempo decidirá
Con quién la razón estuvo.

HATUEY.

Pensé en el bien.

ANCIANO GUERRERO.

Yo en el mal.

HATUEY.

¿Guardas rencor en tu pecho?

ANCIANO GUERRERO.

No sé qué es rencor guardar.
Dispuesto estoy á seguirte.

TODOS.

Todos te acompañarán.

HATUEY.

Partamos: nuevas ofrendas
Á los Semíes llevad
Para que auxilio nos presten,
Y logremos arrojar
Para siempre, de este suelo,
Á esos hijos del Tuirá,
Y en la sangre inicua suya
Podamos, al fin, vengar
Á aquellos que en las hogueras
La vida rindieron ya.

(Se internan en la selva).

ORILLAS DE UN BOSQUE

ATABAIBA y DIEGO DE ORDAZ, andando con lentitud.

ATABAIBA.

Se interrumpieron las fiestas;
El canto al punto cesó
Y las ofrendas y el baile,
Y también la procesión;
Y solo con sus guerreros
Hatuey allí se quedó.

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Con qué objeto ?

ATABAIBA.

No lo sé.

DIEGO DE ORDAZ.

Quizás nueva expedición
Guerrera esté preparando
Contra el cristiano español.

ATABAIBA.

Déjalos: están bien lejos.
¿ Qué importa si tuya soy ?
Me han dicho que con la luna
Crecen las plantas, y yo
Voy sintiendo por instantes
Que va creciendo mi amor.
¿ Por qué callas ? ¿ En qué piensas ?
¿ Á tu lado ya no estoy ?

DIEGO DE ORDAZ.

Aquí no debo quedarme.

ATABAIBA.

¿ A dónde irá mi señor ?

DIEGO DE ORDAZ.

Al campo de los cristianos,
Hacia donde sale el sol.
Guíame allí.

ATABAIBA.

No debemos
Partir aún.

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Por qué no ?

ATABAIBA.

Porque las fuerzas te faltan.
Quédate aquí: ya de horror
Se llena el bosque y de sombras,
Y me tiembla el corazón.
La noche me causa espanto,
Me hace estremecer la voz
De la siguapa, y el grito
Del cotunto, y el rumor
Que entre las hojas escucho:
Pasos de los muertos son
Que en las tinieblas caminan
Y huyen de la luz del sol.
Reposa aquí hasta mañana.

DIEGO DE ORDAZ.

Desecha todo temor.

ATABAIBA.

Temor no siento á tu lado.

(Se oye lejano sonido).

DIEGO DE ORDAZ.

¿ Qué es, Atabaiba, ese són
Ronco, lejano ?

ATABAIBA.

Parece
Sonido del caracol
Cuando guerreros convoca.

DIEGO DE ORDAZ.

Cerca está: ¡ válgame Dios !
Hacia aquí sin duda vienen...
¡ Ese era, sí, tu temor !
Ese tu espanto: ahora veo
Que tú me has hecho traición.
Me has entregado á los tuyos . . .
¡ Por la cruz del Redentor
Que antes que lleguen, traidora,
Te he de matar !

ATABAIBA, *cayendo á sus pies.*

¡ Compasión !
¿ Por qué matarme, por qué ?

Mírame, á tus pies estoy :
No me mates, no me mates,
Yo no soy traidora, no.
¿ No te curé las heridas ?
¿ Por qué con tanto rigor
Así tratas á Atabaiba
Que la vida te salvó ? . . .
Es verdad lo que Hatuey dice:
Es cruel el español;
Piedad su pecho no siente.

DIEGO DE ORDAZ, *con rudeza.*

Alza; basta.

ATABAIBA.

Mi señor
Está enojado conmigo,
Y luego . . . más tarde . . .

DIEGO DE ORDAZ.

No:
Alza, partamos.

(Andan algunos pasos en silencio hasta llegar al sitio en que ATABAIBA salvó á DIEGO DE ORDAZ. Éste se detiene de pronto, y exclama):

¡ Qué veo !. . .
¿ Es verdad ó es ilusión ?

(Se acerca más).

¡ Cielos !

ATABAIBA, *retrocediendo horrorizada.*

¡ Un cristiano muerto !

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Mi hermano ! . . .

ATABAIBA.

¡ Cómo ! . . ¡ Señor !

DIEGO DE ORDAZ.

¡Muerto, sí! . . ¡Pedro! . . ¡Mi hermano ! . .
¡De tu alma apiádese Dios !

(Se oye de nuevo el sonido del caracol, y DIEGO DE ORDAZ y ATABAIBA se internan precipitadamente en la selva).

ACTO QUINTO

CAMPO DE LOS ESPAÑOLES Á ORILLAS DEL RÍO YARA

MORALES, GRIJALVA.

GRIJALVA.

Con la prisión del cacique
Muy bien ya podemos dar
Por terminado este asunto:
Ahora, Morales, vendrán
Las encomiendas: yo espero
Que algo nos ha de tocar.
Mas si otra cosa mejor
Hubiere: ¡ con Dios quedad !
Que para estar en pobreza
Yo no he pasado la mar.

MORALES.

Así pensó y así hablaba
Un día Pedro de Ordaz,
Y ya, Grijalva, habéis visto
Lo que alcanzó.

GRIJALVA.

Y en verdad
Que fué caso raro el suyo.
¡ Perecer en el lugar
En que abandonó á su hermano !

MORALES.

Fué abandono criminal.

GRIJALVA.

¡ De buena libróse Diego !
Afortunado fué asaz.

MORALES.

Á fe que en él se cumplió
El refrán de que no hay mal
Que por bien al fin no venga.
Se tuvo por muerto ya,
Y á la postre fué ocasión
De que llegase á apresar
Al cacique.

GRIJALVA.

La indiecilla
Para guía es sin rival.

MORALES.

Mas no fué fácil empresa,
Según creo...

GRIJALVA.

Ahí viene Ordaz
Que con pelos y señales
Lo que pasó nos dirá.

(Entra DIEGO DE ORDAZ).

MORALES.

Dios os guarde, Ordaz amigo.

GRIJALVA.

Aquí bienvenido entrad:
De vuesamerced se hablaba.

DIEGO DE ORDAZ.

Es mucha honra. ¿Y podrán
Decirme vuesas mercedes?...

GRIJALVA.

El deseo de oiros dar
Cuenta de cómo la empresa,
Que os proporciona honra tal,
Realizado habéis, nos hizo
De vuesamerced hablar.

DIEGO DE ORDAZ.

En mucho cargo os estoy.
Mas pudo salirnos mal
El golpe, á haberse obstinado
El cacique en acampar
En las selvas, pues allí . . .
¡Qué lo aprese Barrabás!
Mas sorprendíle en un claro:
La sorpresa fué cabal.
Le corté la retirada,
Y en vano intentó ganar
De nuevo el bosque: su efecto
Hizo el mosquete: y ¡ zas ! ¡ zas !
Unos cayeron por tierra,
Otros corriendo aún están.

MORALES.

¿ Y el cacique ?

DIEGO DE ORDAZ.

Allí quedó:
Y con unos cuantos más,
Al ver que escape no había,
Fiero resuelve luchar.
Corro: rendición le intimo;
Y con furioso ademán
Sobre mí viene, y se traba
Recio combate mortal.

Mas las macanas no pueden
La espada contrarrestar,
Y mandoble tras mandoble
Con rapidez tanta van
Menudeando, que sufrirlos
No podría Satanás ;
Y sucumben, ó se rinden;
Mas él firme allí se está,
Aunque solo. Le cercamos:
Y logro mandoble tal
Asestarle, que aturdido
Cuanto es largo en tierra dá.
Por muerto al pronto le tuve:
Le hago luego maniatar,
Y presumo que en la hoguera
Su traición ya pagará.

MORALES.

Para mal de rebeliones
Es remedio capital
Que no falla.

DIEGO DE ORDAZ.

Y es probado:
Pues como dice el refrán,
Muerto el can, muerta la rabia.

GRIJALVA.

Y á todas luces verdad.

MORALES.

Á menos que no intervenga,
Con su celo peculiar,
Bartolomé de las Casas
Que ha llegado poco ha
De la Española. El buen Padre
Es un defensor tenaz
De los indios, y no dudo
Que por éste ha de abogar.

GRIJALVA.

¿ Y qué dice el prisionero ?

DIEGO DE ORDAZ.

¡ Pues preguntádselo á Blas !
Como si hubiera perdido
La lengua, mudo se está.

MORALES.

No hay duda que son tenaces
Estas gentes: si callar
Se proponen, un peñasco
De seguro que habla más.
Pero antes que el calor
Arrecie, vamos á dar
Una vuelta al campamento.
¡ En marcha ! que es tiempo ya.

PRISIÓN DE HATUEY

HATUEY.

Todo acabó: dispersos van los míos;
No arrojan mis guerreros ya sus dardos:
Á la justicia nuestra, á las plegarias,
Ojos y oídos los Semís cerraron;
Y al fuerte, al enemigo, al extranjero,
Le prestan el apoyo de su brazo...
Todo acabó. La luz de la mañana
Macorijes no vé: reposa el arco,
Flechas y lanza duermen, y él reposa,
Duerme también. ¡ Oh intrépido naitano!
Hermano de armas, fiel amigo, duerme:
Vengar tu muerte en el inicuo blanco
Hatuey no pudo; pero no te irrites.
Pronto en Coaybáy, bajo el mamey sagrado,
Contigo yo seré: duerme tranquilo.
No te irrites tampoco, fiero anciano,
De Marién seiba antigua; tus consejos
Oir no quise: ya también tu brazo
Reposo halló; tus compañeros fuertes
Tampoco tenderán de nuevo el arco
Ni la macana han de blandir; la tierra
Bebió su sangre, y duermen no vengados.
Con todo arrasa el huracán terrible
Que azota á Cuba sin piedad, tronchando
Cacique y naborí, seibas y lirios....

Ya de mi sol los postrimeros rayos
Miro brillar: las lunas de mi raza
Ya contadas están, que para esclavo
El hijo de las selvas no ha nacido:
Luz necesita, libertad, espacio
Para vivir... Mas ¡ ay ! desde que el suelo,
Que la vida nos diera, holló el cristiano,
Y emponzoñó con su presencia el aire,
Los Semíes su auxilio nos negaron.

(Entra precipitadamente ATABAIBA, y se arroja á los pies de HATUEY).

ATABAIBA.

Perdón, perdón, señor.

HATUEY.

De mi presencia
Retírate al momento, hermana infame
De mi hermano de armas.

ATABAIBA.

¡ Ah ! ¡ Clemencia,
Perdón en nombre suyo se derrame !

HATUEY.

¿ En su nombre lo pides ¡ insensata !
Cuando á los tuyos hieres en el pecho,
Y al enemigo, que á tu hermano mata,
Los brazos abres y le das tu lecho ?

ATABAIBA.

Yo ignoraba su muerte.

HATUEY.

¿ La ignoraste?
¡ Del pérfido cristiano bienhechora !
Tú á nuestro campo al español guiaste,
Al suelo tuyo, á tu Semí traidora.

ATABAIBA.

Soy inocente: compasión yo tuve.

HATUEY.

¡ Compasión ! . . ¿ La tuvieron con tu hermano ?
¿ No ves la llama que hasta el cielo sube ?
¿ La llama de la hoguera del cristiano ?
¿ La hoguera que á tu hermano ha consumido ?. .
Compasión no ha de haber con los que oprimen.
Su sangre deje el suelo enrojecido:
Derramarla es virtud; piedad, un crimen.

ATABAIBA.

Yo le amé... joven soy...

HATUEY.

¿ Y amor se bebe
En labios de enemigos ? ¿ Y se olvida
Patria, hermanos ?...¡ Maldita sea la aleve

Que el suelo vende que le dió la vida !
¡ Maldito sea el amor que la envilece!
¡ Malditos sean los frutos de su seno!
No halle piedad; y si hambre y sed padece
Le arrojen piedras y le den veneno . . .
¡ Aléjate de mí ! La mano besa
Del que la sangre de los tuyos vierte;
Y ahogada en sangre, y del Tuirá vil presa,
Sin honra, cual tu vida, sea tu muerte.

(Adelantándose hacia ATABAIBA en ademán amenazador).

¡ Vete ! ó entre mis brazos te destrozo.

ATABAIBA, *arrojándose al suelo.*

¡ Piedad !

LAS CASAS, *entrando precipitadamente.*

¿ Qué pasa aquí ?

HATUEY.

Tú ¿ qué pretendes ?
Dí, cristiano ¿ quién eres ?

LAS CASAS.

Soy Las Casas.—

(Á ATABAIBA).

Aléjate de aquí.

(Sale ATABAIBA).

HATUEY.

¡ Cómo ! ¿ Tú eres
El hombre justo, el compasivo, el bueno;
Único en esa turba de crueles
Que no es cruel, y hacia nosotros muestra
Justicia, amor, piedad ? Deja que bese
La tierra que ahora pisas, y á tus plantas
Déjame prosternar.

(Se arroja á los pies de LAS CASAS).

LAS CASAS, *haciéndole alzar.*

Alza, detente;
Ven á mis brazos, ven: yo soy tu amigo,
Tu hermano soy.

HATUEY.

¿ Del cielo acaso vienes ?
¿ Te envió un Semí para ventura nuestra ?...
Tú ni cristiano ni español ser puedes.

LAS CASAS.

Humilde siervo soy de un Dios piadoso,
Nuestro padre común: Dios que no quiere
Llanto, sangre, injusticia, y nos ordena
Que todos nos amemos, y al que debes
Rendir adoración, noble cacique.

HATUEY.

No me hables de tu Dios: no, no lo mientes.
Es un Semí de iniquidad: tan sólo
Un Semí de malvados, pues consiente,
Impasible, en sus blancos servidores
Crímenes tan horrendos.

LAS CASAS.

No blasfemes.—
Perdónale, Jesús.—Tu furia calma;
Escucha mis palabras y en tí vuelve.
Hatuey, el reino del malvado es corto;
Crimen no hay que sin castigo quede.

HATUEY.

¡ Si todos los cristianos cual tú fueran,
Cuán otra, hombre piadoso, nuestra suerte
Hubiera sido !

LAS CASAS.

Hatuey, los hay mejores.
Del Salvador Divino humildemente
En seguir los preceptos yo me afano.
Cada vez más intenso en mí se vuelve
Por los tuyos mi amor, y sus dolores
Me laceran el alma.

HATUEY.

¡ Hombre clemente !
Con ellos ¿ por qué vas ? ¿ Por qué á este suelo

Tú solo no viniste ? Sí, tú puedes
Lo que ni fuerza ni rigor podrían
Alcanzar de nosotros. Como á seres
Bajados del Turéy los recibimos . . .
¿ Conoces el baiguá con que adormece
Á la caguama el pescador ?. . . Lograron,
En tal modo, adormirnos con presentes
Y pérfidas promesas; y ¿ qué hicieron ? . . .
¿ Qué hicieron luego ?. . . Sucumbir, inermes,
Tú nos has visto, tú nos ves. . .

LAS CASAS.

¡ Oh cesa !
¡ Cesa ! recuerdos tales no renueves.
¡ Ya ese tiempo pasó !

HATUEY.

No, no ha pasado.
Los cristianos no cambian; hoy sucede
Lo que ya ha sucedido . . . ¿ Y son los hombres
Que amar, honrar y que servir se debe ?. . .
Venganza en nuestro pecho sólo siembran :
Odio y execración sólo merecen. .

LAS CASAS.

Rencor, venganzas, odios en los tuyos
No ví jamás: la mansedumbre siempre.

HATUEY.

En nosotros virtud funesta ha sido.
Mira el fruto. ¿ No ves cuál desparece
La raza mía ? ¿ No la ves morirse ?

LAS CASAS.

Otros tiempos vendrán: no desesperes.
Ánimo, ten valor, amigo, hermano;
Yo velo por los tuyos: en mí tienen
Un defensor.

HATUEY.

Mi noche ya se acerca.
Yo ya no soy: mas sólo cuando cese
La vida, cesarán también los males
Que abruman á los míos.

LAS CASAS.

¡ Cuánto siente
Mi alma de dolor ! . . ¡ Ya no hay palabras !
¡ Todo sollozos, lágrimas se vuelve ! . . .
Mas todo cambiará: mejores días
Para tu raza han de lucir en breve.

HATUEY.

¡Vana esperanza de tu noble pecho !

LAS CASAS.

¿ En mí la fe también, hermano, pierdes ?

HATUEY.

En tí la tengo, pero no en los tuyos.

LAS CASAS.

Yo iré á España: ante el solio de sus reyes
Me postraré: su corazón es noble;
Oirán mi voz, escucharán mis preces,
Y alivio han de alcanzar los males vuestros,
Y justicia os harán. Voto solemne
Hago de no gozar paz ni reposo
Hasta que obtenga protectoras leyes
Para la raza tuya: en Dios confío
Que fuerzas me dará; pero al presente
De tu vida se trata.

HATUEY.

Ya yo he muerto.
¿ Á qué mi vida sirve ? ¿ Quién me vuelve
Lo que he perdido ? Mis florestas libres,
Mi hermano de armas . . ¡Venga, pues, la muerte!

LAS CASAS.

¡ Hatuey ! ¡ Hatuey ! Vivir te ordeno ahora:
Á los tuyos tu vida pertenece.
Para ellos vive; para mí: lo ordeno.
No se hable de morir: he visto al jefe
De los cristianos: defendí tu causa.
Yo quiero que le veas.

HATUEY.

¿ Debo verle?

LAS CASAS.

Le has de ver, le has de hablar; pero modera
Tu indignación: humano es y prudente,
Mas fácil de irritarse: tus palabras,
Por tanto, mide, y como cuerdo cede
Al rigor de lo que es inevitable.

HATUEY.

Él con perfidia á Anacaona...

LAS CASAS.

Teme
Mi enojo, si no hicieres lo que digo.

HATUEY.

Es para mí sagrado cuanto ordenes.
(Sale LAS CASAS).
Los Semíes, cristiano generoso,
Te guíen; y prolónguese tu vida
Como seiba que el rayo temeroso
Respeta, y siempre se levanta erguida.
Tú nuestro amparo, el único, el piadoso;
Tú el amor de la raza perseguida
Que, al expirar, á tí vuelve infelice
Los ojos y en silencio te bendice.

TIENDA DE VELÁZQUEZ

VELÁZQUEZ, GRIJALVA.

VELÁZQUEZ.

Grijalva, ¿ al prisionero habéis leído
La sentencia á morir entre las llamas
Por traidor y rebelde ?

GRIJALVA.

Ya dispuesto
Á hacerlo á su prisión me encaminaba,
Mas el Padre Las Casas, á quien mueve
Profundo celo por salvar las almas
De estas gentes, se había adelantado,
Y no creí oportuno...

VELÁZQUEZ.

Bien, Grijalva,
Suspended por ahora la sentencia.
(Sale GRIJALVA).
Á la súplica ardiente, á las instancias
Del buen Las Casas he cedido, y pronto
Aquí estará el rebelde cuya causa
Con tanto fuego defendió: le lleva
Lejos su ardor, su corazón le engaña.
No es lo mismo ganar almas al cielo,
Que gobernar provincias conquistadas.

Mi autoridad, al consentir, padece...
Mas ya se acerca: pero ¡ qué arrogancia !
Buen augurio no es.

(Entra **HATUEY** rodeado de guardas).

Dejadnos solos.

HATUEY.

Cacique de cristianos, ¿ qué me mandas?

VELÁZQUEZ.

La ley á perecer en una hoguera
Te ha condenado: en tu defensa habla.

HATUEY.

¿ Qué puedo yo decir? ¿ Por qué el cristiano
Mi libertad, mi suelo me arrebata,
Y á morir me condena?

VELÁZQUEZ.

Traidor fuiste.

HATUEY.

¿ Á quién traidor he sido?

VELÁZQUEZ.

Á tu monarca,
Que es mi señor y tu señor: rebelde
Contra su autoridad te alzaste en armas.

HATUEY.

No soy rebelde ni traidor: yo libre
Como el viento nací, como las aguas,
Y como el guaraguao que donde quiera
Tiende el vuelo y anida en las montañas.
Jamás tuve señor: vivir no puedo,
Como el guaní, si libertad me falta.
Por lo mío he luchado: la justicia
Se encuentra de mi parte.

VELÁZQUEZ.

¡ Cuánta audacia !
¿ Naciste por ventura en este suelo
Donde usurpas el mando ? ¿ De Guajaba
No eras cacique ? Dí, ¿ no abandonaste
Tu suelo, y á excitar la desconfianza
Y el odio hacia el cristiano aquí viniste ?

HATUEY.

Extraño aquí no soy: esta es mi raza.
Cuando al furor y á la codicia vuestra
La tierra en que nací quedó entregada;
Cuando libre, cual antes, ya no pude
Regir mi pueblo; y, obediente esclava,
Nuevos Semíes adoró Quisqueya,
Al suelo de mis padres dí la espalda.
Por el bien de los míos aquí vine;
Tú, por su mal, pusiste aquí las plantas.

VELÁZQUEZ.

Nos trajo un noble fin, un alto objeto.
Fuera están del alcance de tu raza
Nuestras virtudes: el honor nos guía,
La religión nos mueve.

HATUEY.

¿ De qué hablas ?
Os guía sed de oro inextinguible;
Una codicia que jamás se sacia:
La perfidia en vosotros se aposenta;
La piedad no halla asilo en vuestras almas.
¿ Qué os merece respeto ? ¿ Qué hay sagrado
Para vosotros ? ¿ No cayó engañada,
Con frases de amistad, en manos tuyas
Anacaona hermosa, y en las llamas
El ciego amor que á los cristianos tuvo
Recompensado fué ?

VELÁZQUEZ.

¡ Por Cristo ¡ ¡ Basta !
De mi paciencia y mi bondad abusas.
Si oirte me he dignado, es á Las Casas
Á quien lo debes; al traidor tan sólo
Con la hoguera ó el hierro se le habla.

HATUEY.

Arráncame la vida: hacia el cristiano
Me anima intensa é implacable saña

Mientras en Cuba el español impere,
Odio es mi oficio, mi virtud venganza.

VELÁZQUEZ.

Pues lo quieres, haré que en tí se cumpla
El fallo de la ley. ¡Entren los guardas!

HATUEY.

La muerte es para mí la bienvenida:
Más que la muerte el español me espanta.
(Entran los guardas).

VELÁZQUEZ.

Al prisionero maniatad: llevadle
De nuevo á su prisión, y que Grijalva
Venga al punto.
(Salen los guardas con HATUEY).
¡La cólera me ahoga!
No sé cómo paciencia tuve tanta,
Y para castigar sus demasías
No le corté la lengua con mi espada.
(Entra GRIJALVA).
Grijalva, que se cumpla la sentencia
Y expíe su traición en vivas llamas.
Partid al punto, y no se pierda tiempo.
El Padre Franciscano con él vaya:
De todo en cargo estáis; mas mucho importa
Que Fray Bartolomé no sepa nada.
Conocido es su amor hacia estas gentes,
Y ahorrar quiero un dolor al buen Las Casas.

GRIJALVA.

Quedarán vuestras órdenes cumplidas
Como queréis.

(Sale).

VELÁZQUEZ, *solo, paseándose en la tienda.*

Su muerte es necesaria;
Necesario es también un escarmiento
Y queda así la paz asegurada.

(Pausa).

Mas ¿no es aquel Las Casas? Sí . . . dirige
Sus pasos hacia aquí. . . Nueva campaña
Tendré que sostener . . . ¿Habrá sabido? . . .
Pues bien: le haré perder toda esperanza.

(Entra LAS CASAS).

LAS CASAS.

¿Es acaso verdad que habéis resuelto
Que se ejecute al punto la sentencia?
¿El prisionero ha de morir?

VELÁZQUEZ.

Sí, Padre.

LAS CASAS.

¿Por qué, señor, andar con tanta priesa?
¿Por qué precipitarse? Yo esperaba
No ver aquí brillar la horrible hoguera
Que en la Española ardió.

VELÁZQUEZ.

Padre, es preciso.
Rencor, venganza y odio sólo alienta
Ese rebelde : influjo entre los suyos
Tiene, y ha de emplearlo en contra nuestra.

LAS CASAS.

Considerad, señor, que es un salvaje.
Mudables pensamientos sólo expresa,
Sensaciones no más : almas de niño,
Quieren después lo mismo que desechan;
Y castigar á un niño fuera un crimen:
Y el salvaje ¿ qué es ?

VELÁZQUEZ.

Tened en cuenta
Que un saludable ejemplo es necesario.

LAS CASAS.

Nunca fué necesaria la crudeza,
Y al cabo el triunfo la bondad obtiene.
¿ No está ya en nuestras manos ? ¿ Qué pudiera
Hacer ó maquinar ?—Inerme, solo,
Aniquiladas las mezquinas fuerzas
Con que osó resistir, en vanas voces
Dejad que exhale sus fundadas quejas.
Para él, perdón.

VELÁZQUEZ.

Debilidad sería.

LAS CASAS.

Patrimonio del fuerte es la clemencia:
Magnánimo es el grande.

VELÁZQUEZ.

Mas á veces
El rigor es virtud.

LAS CASAS.

¡Virtud funesta!
La sangre derramada, sangre pide;
Y odios, venganzas y rencores siembra.

VELÁZQUEZ.

Verter alguna á tiempo nos evita
Mucha más derramar.

LA CASAS.

Tal vez prudencia
Lo llamen, ó quizá razón de Estado:
No lo sé; mas también hay una excelsa
Virtud,—la Caridad.

VELÁZQUEZ.

Digno Las Casas:
Un [illegible]or aparente es la represa
Que males pronto á desbordar contiene.

También á veces amputar se ordena
Un miembro, y se conserva así la vida.

LAS CASAS.

De humano tenéis fama.... Pero vuela,
Vuela el tiempo, señor: con cada instante
La hora del suplicio se acelera.
No pido su perdón: tan sólo quiero
Una prórroga, un plazo; porque lenta
La justicia ha de ser, de Dios imagen,
Que castiga con calma y no se venga.
Miradme á vuestras plantas: yo os suplico
Que suspendáis al punto la sentencia...
Piedad, señor, piedad, ó no me muevo...

VELÁZQUEZ.

¡ Alzad, oh Padre ! ¡ Alzad por vida vuestra !
Que se haga cual pedís.

LAS CASAS.

Gracias, Velázquez.
Os lo premie el Señor con dicha eterna.
(Sale).

VELÁZQUEZ, *después de breve pausa.*

¡ Insensata piedad !.... Aunque yo espero
Que ya Luzbel le tiene de su cuenta...
(Se pasea en silencio).
Mas ¿ qué pasa ? Rumor de voces oigo.
(Se dirige á la puerta y mira al campo).

Los soldados en torno se congregan
De un objeto. . .Ordaz viene. . .

(Entra ORDAZ).

Y bien ¿qué ocurre
En nuestro campo, Ordaz? ¿ Una querella ?

DIEGO DE ORDAZ.

Señor, la joven india á quien yo debo
La vida, sin aliento en la ribera
Del río yace.

VELÁZQUEZ.

¿ Lastimada acaso ?
¿ Necesita de auxilios ?

DIEGO DE ORDAZ.

No: ya es muerta.

VELÁZQUEZ.

¿ Muerta decís ? El crimen con la vida
Ha de pagar quien fuere . . .

DIEGO DE ORDAZ.

Ha sido ella.
Ella misma, señor, un fin violento
Puso á la vida suya.

VELÁZQUEZ.

¿ En qué manera ?

DIEGO DE ORDAZ.

Visitó esta mañana al prisionero:
Lo que hubo entre los dos, misterio queda.
Mas tenida era en precio entre los suyos;
Lirio la apellidaban, predilecta
Joya y amor de todos, y la hermana
Del indio aquel que en amistad estrecha
Estaba con Hatuey. Salir la vieron
Llorosa, las facciones descompuestas;
Vagar después á solas cabe el río;
Y luego detenerse en la ribera,
Y alejarse, y volver; y de repente,
Allí donde las aguas más se encrespan
Y forman remolinos, arrojarse.
Corremos en su auxilio: vana empresa;
Pues si bien cual un pez nadar sabía,
Su empeño en acabar con la existencia
Fué tal, que rastro de ella en la corriente
No había; y cuando al fin entre las hierbas
Que cubren un remanso de las aguas
Flotar la vimos, ya cadáver era.
¡ Pobre moza !

VELÁZQUEZ.

Traedla al campamento,
Y que la entiérren como Dios ordena.

ÇAMPOS DE YARA

HATUEY, GRIJALVA, un PADRE FRANCISCANO, SOLDADOS.

HATUEY.

Este el campo es de Yara donde muéro:
Las selvas estas son, los prados verdes,
El sol, el mar, el cielo, el monte, el río
Que libre contemplé, que tantas veces
Yo libre recorrí, pero que ahora
Á mis ojos por vez postrera esplenden.
¡ Suelo que mis cenizas hoy fecundan !
¡ Campos que dejo esclavos ! para siempre
Mi despedida os doy. Mas en vosotros,
En lunas por venir, para estas gentes
También ha de empezar dura enseñanza.
¡ Feliz quién de tu sol el brillo viere,
¡ Oh ! grande, suspirado, hermoso día
De redención ! Tu luz baña mi frente.
Se abre ya lo futuro ante mis ojos ;
Y ya morir, Hatuey, tranquilo puedes.
Una secreta voz en mí proclama
Que aquello que la fuerza sola adquiere,
Cuánto la fuerza ejecutar ordena,
Y cuánto por la fuerza se mantiene,
Del Semí la sanción jamás obtuvo
Y por la fuerza, al fin, también perece.—
Á la hoguera arrojadme : estoy dispuesto.

EL PADRE FRANCISCANO.

Á fin más alto el pensamiento vuelve.
No has de perder el alma: hay otra vida.
El cuerpo va á la tierra, tras la muerte;
Y el alma, ó bien disfruta eternos goces,
Ó tormentos innúmeros padece.

HATUEY.

¿Qué hacer para alcanzar ventura tanta?

EL PADRE FRANCISCANO.

Renuncia á tus Semíes para siempre,
Y culto rinde á nuestro Dios; entonces
En el cielo hallarás dicha perenne:
Mas si te niegas, á un horrible infierno
Irás, del que jamás salir esperes.

HATUEY.

¿Van al cielo españoles? ¿Y cristianos
Al cielo van también?

EL PADRE FRANCISCANO.

Entrada tienen
Los buenos, nada más.

HATUEY.

No quiero entonces
Ir ni siquiera do los buenos fueren:
Que el infierno es mejor, sin su presencia,
Que un cielo donde esté esa inicua gente.

(Entra resueltamente en la hoguera. Profundo silencio de algunos momentos: el PADRE FRANCISCANO se arrodilla).

GRIJALVA.

¡ Vive Dios que el salvaje tiene bríos
Y como un heroe de otros tiempos muere!

(Entra LAS CASAS).

LAS CASAS.

En el nombre del Rey, que se suspenda
La ejecución.

GRIJALVA.

Muy tarde la orden viene.

LAS CASAS.

¡ Funesta prontitud ! . . Tal vez sea tiempo. . .

GRIJALVA, *señalando la hoguera.*

Es tarde : ya á otro mundo pertenece.

(Pausa de unos momentos de solemne silencio).

LAS CASAS, *arrodillándose: muchos le imitan.*

Señor, que te encarnaste en forma humana
Para salvarnos de la eterna muerte;
Que el dolor de ser hombre conociste,
Y sus errores á piedad te mueven;
Que ves en el abismo de las almas,
Y la flaqueza humana compadeces;
Que juzgas las acciones de los hombres
Por tus divinas, ignoradas leyes:
Abre tu cielo al infeliz salvaje,
Y perdón sus verdugos en tí encuentren.

NOTAS

HATUEY

Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, es el que más noticias nos ha dejado acerca de Hatuey y su trágico fin, así como de los sucesos que á éste precedieron. Transcribimos á continuación aquellas partes de los capítulos XXI y XXV del Libro III de la citada obra, que más hacen al caso:—

CAPÍTULO XXI

"En este año de 1511 determinó el almirante D. Diego Colon, que estas islas y tierras gobernaba, de enviar á poblar la isla de Cuba, . . . y como á Diego Velazquez, de quien en el libro II, cap. 10, hicimos mencion, el Comendador Mayor le habia hecho su Capitan, en las crueldades que se hicieron en las provincias de Xaraguá, y las por allí comarcanas . . . puso los ojos en él, y acordó enviallo á que poblase la dicha isla de Cuba, porque, en la verdad, ninguno otro en esta isla (la Española), se hallara, ya que se habia de enviar á poblar segun el modo, y leyes, y camino, que en poblar, ó por, con muy mayor verdad decir, despoblar, y destruir estas tierras de que se usaba y acostumbraba, que tuviese tales ni tantas partes. Una era ser más rico que ninguno otro, otra era que tenia mucha experiencia en derramar ó ayudar á derramar sangre de estas gentes malaventuradas. . . . Sabido por esta isla que Diego Velazquez iba por poblador de Cuba, hobo mucha gente que se moviese á ir con él, lo uno por las razones declaradas pero mucho más, cierto, porque cuantos en esta isla habia,

por permision y castigo de Dios por haber muerto los indios, estaban y vivian necesitados, que con cuanto oro habian sacado nunca medraron ni quiso Dios que medrasen, y así estaban todos adeudados y trampeados, y muchos que no salian de las cárceles, ó de hecho ó con temor que allí habian de ir á parar, y por esta causa no dudo yo sino que, como tuviesen esta isla por cárcel, por salir de ella con el turco se fueran, yendo á poblar tierras de nuevo, y de que les habia de repartir los indios teniendo esperanza. . . . Finalmente, se allegaron, segun creo, hasta 300 hombres para ir con Diego Velazquez, en 3 ó en 4 navíos, y recogiéronse todos en la villa y puerto que se llamaba Salvatierra de la Çavana, que es el cabo de esta isla.

Pero antes que pasemos, en la partida y viaje de Diego Velazquez, y los que con él fueron, adelante, será bien referir lo que en la misma isla de Cuba pasaba. Para esto es de saber, que por las persecuciones y tormentos que las gentes de esta isla de los españoles padecían, los que podian huir, ya está dicho arriba en el libro II, que huian á los montes, y si se pudieran meter en las entrañas de la tierra se metieran, y porque los de las provincias de Guahába estaban más propincuos á la isla de Cuba, porque no hay sino 18 leguas de mar en medio de punta á punta, muchos indios se metian en canoas, que son sus barquillas de un madero, como en el libro I se vido, y se pasaban huyendo á la isla de Cuba, entre los cuales se pasó un señor y Cacique de la provincia de Guahába, con la gente que pudo, llamado en su lengua Hatuéy, la é letra luenga, hombre prudente y bien esforzado, y en la tierra que está más propincua á la punta ó cabo desta isla, que se llamaba en su lengua Maycí, la última sílaba luenga, ó por la provincia por allí comarcana, hizo su asiento, por grado, ó por fuerza quizá de los que por allí vivian, y más parece que por grado, porque toda la más de la gente de que estaba poblada aquella isla, era pasada y natural desta isla Española. * * *

Así que, aquel señor Hatuey, cognosciendo la costumbre de los españoles, de cuya cruel servidumbre habia huido, y desterrádose de su propia patria y señorío para otra, tenia siempre, parece que, sus espías, que sabian y le traian las nuevas del estado desta isla, porque debia de temer que algun dia habian de pasarse los españoles á aquella de Cuba, y, finalmente, parece que supo la determinacion de los españoles, que estaban para pasarse á ella. Tenida esta nueva, un dia juntó su gente toda, y debia ser los hombres de guerra, y comiénzales á hacer un sermon, reduciéndoles á la memoria las persecuciones que los españoles habian hecho á la gente desta isla Española, diciéndoles: "Ya sabeis cuáles los cristianos nos han parado, tomándonos nuestras tierras, quitando nuestros señoríos, captivando nuestras personas, tomando nuestras mujeres y hijos, matando nuestros padres, hermanos, parientes y vecinos; tal Rey, tal señor de tal provincia y de tal pueblo, mataron; todas las gentes súbditas y vasallos que tenian, las destruyeron y acabaron; y si nosotros no nos hobiéramos huido, saliendo de nuestra tierra y venido á ésta tambien fuéramos muertos por ellos y acabados, ¿vosotros sabeis por qué todas estas persecuciones nos causan, ó para qué fin lo hacen?" Respondieron todos: "Hácenlo porque son crueles y malos." Respondió el señor: "Yo os diré porqué lo hacen, y ésto es, porque tienen un Señor grande á quien mucho quieren y aman, y ésto yo os lo mostraré." Tenia luégo allí encubierta una cestilla hecha de palma, que en su lengua llamaban haba, llena, ó parte della, con oro, y dice: "Veis aquí su Señor, á quien sirven y quieren mucho, y por lo que andan; por haber este Señor nos angustian, por éste nos persiguen, por éste nos han muerto nuestros padres y hermanos, y toda nuestra gente, y nuestros vecinos, y de todos nuestros bienes nos han privado, y por éste nos buscan y maltratan, y porque, como habeis oido ya, quieren pasar acá, y no pretenden otra cosa sino buscar este

Señor, y por buscallo y sacallo han de trabajar de nos perseguir y fatigar, como lo han hecho en nuestra tierra de ántes, por eso, hagámosle aquí fiesta y bailes, porque cuando vengan les diga ó les mande que no nos hagan mal." Concedieron todos que era bien que le bailasen y festejasen; entónces comenzaron á bailar y á cantar, hasta que todos quedaron cansados. * * *

Así que, despues que bailando y cantando ante la cestilla de oro, se cansaron, tornóles el Hatuey á hablar, diciendo: "Mirad, con todo ésto que he dicho, no guardemos á este Señor de los cristianos en ninguna parte, porque, aunque lo tengamos en las tripas, nos lo han de sacar; por eso, echémoslo en este rio, debajo del agua, y no sabrán dónde está." Y así lo hicieron, que allí lo ahogaron, ó echaron; ésto fué despues por los indios dicho, y entre nosotros publicado. Otras cosas notables hay que decir deste Cacique y señor Hatuey, que despues, á su tiempo y lugar, se diran."

Capítulo XXV

". . . Partió Diego Velazquez con sus 300 hombres de la villa de la Çabana, desta isla Española, en fin, á lo que creo, del año de 1511, y creo que fué, si no me he olvidado, á desembarcar á un puerto llamado de Palmas, que era en la tierra, ó cerca della, donde reinaba el señor que dije haberse huido de esta isla y llamarse Hatuey, y que habia juntado su gente y mostrádoles lo que amaban los cristianos como á señor propio, que era el oro, como pareció en el cap. 21. Sabida la llegada de los nuestros, y entendido que de su venida no podia resultarles sino la servidumbre y tormentos y perdicion, que en esta Española habian ya muchos dellos visto y experimentado, acordaron de tomar el remedio, que la misma razon dicta en los hombres que deben tomar, y la naturaleza áun á

los animales y á las cosas insensibles que no tienen cognoscimiento alguno enseña, que, contra lo que corrompe y deshace su ser, deban tomar, y éste es la defension. Pusiéronse, pues, en defensa con sus barrigas desnudas y pocas y débiles armas, que eran los arcos y flechas. . . . Guareciéles mucho á los indios ser toda la provincia montes y por allí sierras, donde no podian servirse de los caballos, y porque luégo que los indios hacen una vez cara con una gran grita, y son de los españoles lastimados con las espadas, y peor cuando de los arcabuces y alcanzados de los caballos, su remedio no está sino en huir y desparcirse por los montes donde se pueden esconder, así lo hicieron éstos, los cuales, hecha cara en algunos pasos malos, esperando á los españoles algunas veces, y tiradas sus flechas sin fruto. . . . . Viendo el cacique Hatuey que pelear contra los españoles era en vano, como ya tenia larga experiencia en esta isla por sus pecados, acordó de ponerse en recaudo huyendo y escondiéndose por las breñas, con hartas angustias y hambres, como las suelen padecer los indios cuando de aquella manera andan, si pudiera escaparse. Y sabido de los indios que tomaban quién era (porque lo primero que se pregunta es por los señores y principa les para despachallos, porque, aquellos muertos, fácil cosa es á los demás sojuzgallos), dándose cuanta priesa y diligencia pudieron en andar tras él muchas cuadrillas para tomallo, por mandado de Diego Velazquez, anduvieron muchos dias en esta demanda, y á cuantos indios tomaban á vida interrogaban con amenazas y con tormentos, que dijesen del cacique Hatuey dónde estaba; dellos decian que no sabian, dellos, sufriendo los tormentos, negaban, dellos, finalmente, descubrieron por dónde andaba, y al cabo lo hallaron. El cual, preso como á hombre que habia cometido crímen *lesæ majestatis*, yéndose huyendo desta isla á aquella, por salvar la vida de muerte y persecucion tan horrible, cruel y tiránica, siendo Rey y señor en su tierra sin ofender á nadie, despo-

jado de su señorío, dignidad y estado, y de sus súbditos y vasallos, sentenciáronlo á que vivo lo quemasen, y para que su injusta muerte la divina justicia no vengase sino que la olvidase, acaeció en ella una señalada y lamentable circunstancia: cuando lo querian quemar. estando atado al palo, un religioso de Sant Francisco, le dijo como mejor pudo que muriese cristiano y se baptizase; respondió, que ¿para qué habia de ser como los cristianos, que eran malos? Replicó el Padre, porque los que mueren cristianos van al cielo y allí están viendo siempre á Dios y holgándose; tornó á preguntar si iban al cielo cristianos, dijo el Padre que sí iban los que eran buenos: concluyó diciendo que no queria ir allá, pues ellos allá iban y estaban. Esto acaeció al tiempo que lo querian quemar, y así luégo pusieron á la leña fuego y lo quemaron. Esta fué la justicia que hicieron de quien tanta contra los españoles tenia para destruillos y matallos como á injustísimos y crueles enemigos capitales, no por más de porque huia de sus inícuas y inhumanas crueldades; y ésta fué tambien la honra que á Dios se dió . . . En ésto paró el Hatuey, que, cuando supo que para pasar desta isla á aquella los españoles se aparejaban, juntó su gente para la avisar por qué causa les eran tan crueles y malos, conviene á saber, por haber oro, que era el Dios que mucho amaban y adoraban. Bien parece que los cognoscia, y que con prudencia y buena razon de hombre temia venir á sus manos, y que no le podia venir dellos otra utilidad, otro bien, ni otro consuelo, al cabo, sino el que le vino."

(Historia de las Indias escrita por Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, ahora por primera vez dada á luz por el Marqués de la Fuensanta del Valle y Don José Sancho Rayon. 5 vol. Madrid, 1875-76).

ACTO PRIMERO, Pág. 35.

"¡ Ah ! del cacique Guarionéx el sueño,
La predicción ya se realiza ! . . ."

Los indios de Haití contaron al Almirante Cristóbal Colón que un Semí del padre del cacique Guarionéx, que también se llamaba Guarionéx, había predicho su llegada, y que después de la muerte del cacique sucederían grandes acontecimientos; que vendrían unos hombres barbudos y vestidos que destruirían los Semíes, que cautivarían á los indios, y se harían dueños del país. Á esto se refiere Hatuey.

ACTO SEGUNDO, Pág. 37.

"Más tarde las encomiendas
Tal vez produzcan su efecto . . ."

Se llamaban *encomiendas* los repartimientos de indios entre los españoles para su servicio y provecho personal. Era una esclavitud disfrazada, peor si cabe que la de los negros, y que dió origen á males y abusos de todo género. Se dedicaba á los indios á las faenas y trabajos más rudos, sin tener en cuenta para nada su vida, con tal que sus labores produjeran dinero. El Padre Las Casas fué uno de los que con mayor vehemencia denunció dichos abusos y luchó para que se pusiera fin al odioso sistema de encomiendas.

ACTO TERCERO, Pág. 68.

"¡ Pedro, hermano, á mi socorro !"

"En una guaçabara ó rencuentro rompieron los indios á los chripstianos, é huyendo dieron en una ciénaga, donde mataron algunos; é este Diego de Ordaz é un hermano suyo

fueron de los que allí se metieron: é quando fueron de la otra parte de la ciénaga, salió delante el hermano, é Diego de Ordaz quedaba atrás, é no pudiendo salir del cieno dixo á su hermano que le ayudasse, porque los indios que iban en su alcance no le matassen, é respondióle que ya veia que no avia tiempo para ello, que le perdonasse; é tomóle un bonete que tenia en la cabeza, é fuesse; é quedó Diego de Ordaz en la ciénaga, é por allí se escondió, é púsosse en salvo con harto trabaxo, é desde algund tiempo mataron al otro hermano en aquel lugar ó muy cerca de donde avia faltado al otro hermano."

(OVIEDO, HIST. GEN. Y NAT. DE LAS INDIAS. Libro XXIV. Cap. II, pág. 211—Madrid 1852).

ACTO QUINTO, Pág. 112.

"Allá en Coaybáy, bajo el mamey sagrado."

Coaybáy venía á ser como los Campos Elíseos ó el Paraíso de los indios de Haití. Las almas de los bienaventurados acudían allí de noche á regalarse con el sabor delicioso del fruto del mamey rojo, que tenían por sagrado.

ACTO QUINTO, Pág. 125.

"¿No cayó engañada,
Con frases de amistad, en manos tuyas
Anacaona hermosa * * * ?"

Conocida es la historia de la bella cuanto infortunada Anacaona (Flor-de-Oro), esposa del famoso cacique Caonabó y su sucesora en el gobierno después de su muerte. Su entusiasmo por los españoles y su afecto á ellos no la libró de la suerte común á su raza. En un festín con que quiso obsequiar á los conquistadores y opresores de su patria, fué de súbito aprisionada por Diego Velázquez y Diego Mejía. El cruel Ovando, que gobernaba entonces, la hizo ejecutar bajo fútiles pretextos.

VOCABULARIO

ANANA.—Nombre indígena de la piña.

ARCABUCO—Bosque, boscaje.

AREÍTO.—Cantares acompañados de bailes con que recordaban sus tradiciones y celebraban sus fiestas los indios de Cuba y Haití. Los areítos cubanos eran muy superiores á los de Haití, según dice Las Casas, por ser más suaves los cánticos. Los *areítos* puede decirse que constituían la historia de la nación.

ATABAIBA.—Lirio.

BABUJAL.—Espíritu maligno.

BAIGUÁ.—Bejuco que empleaban los indios de Cuba para embriagar á los peces y tomarlos. Lo usaban especialmente con las caguamas.

BATOS.—Especie de juego de pelota.

BAYAMO.—Uno de los cacicazgos en que estaba dividida la isla de Cuba en tiempo de la conquista.

BEHIQUE.—Sacerdote, que también hacía de médico.

BIAJANÍ.—Así llamaban los indígenas de Cuba á la más pequeña de nuestras palomas, conocida hoy con el nombre de *tojosa*.

BOHÍO.—Habitación, casa.

BORINQUÉN.—Nombre indígena de Puerto Rico.

CACIQUE.—Jefe supremo y absoluto de un Estado ó territorio de los indios.

CAGUAMA.—Especie de tortuga.

CALEMBÉ.—Especie de delantal que usaban solamente las mujeres casadas. "É las que son virgines andan como nascen," según dice Encizo en su "*Suma de Geographia*."

CAMAGÜEY.—Cacicazgo en la parte central de Cuba.

CANOA.—Embarcación de los indios.

CANSÍ.—Llamábase así la vivienda ó habitación del Cacique.

CASABE.—Especie de torta ó pan.

COHIBÁ.—Nombre que daban los indios de Cuba á la planta del tabaco. Los indígenas hacían un rollo de las hojas secas, le aplicaban fuego y aspiraban el humo.

CONCONÍ.—Insecto que apenas oscurece deja oir una especie de canto triste, corto y poco fuerte, según Pichardo.

CONUCO.—Heredad ó pedazo de tierra cultivada.

COTUNTO.—Ave nocturna de rapiña.

GUÁIRO.—Especie de embarcación indígena.

GUAITÍAO.—Hermano de armas, confederado, amigo. Era liga perpetua de amistad trocarse los nombres.

GUAJABA.—Cacicazgo en la isla de Haití ó Quisqueya donde regía Hatuey antes de pasar á Cuba.

GUAMO.—Especie de caracol grande que servía de instrumento de viento.

GUANÍ.—Nombre que daban los indígenas al sunsún ó colibrí.

GUANÍN.—Oro de baja ley.

CUARAGUAO.—Gavilán, ave de rapiña.

GUASÁBARA.—Encuentro, batalla.

GUATINÍ—Ave de preciosos y varios colores; nombre con que la conocían los indígenas, preferible sin duda alguna al de *tocororo* que se le da actualmente.

GUAYACÁN.—Árbol cuya madera es de extremada dureza.

JAGÜEY.—Árbol silvestre: "nace á veces apoyándose de otro, por el cual sube como un bejuco espiral hasta cubrirle y sofocarle, acabando por destruirle y ocupar su lugar."—*Pichardo.*

JENIQUÉN.—Planta de la familia de los agaves de la que se hacen sogas ó cuerdas.

MACANA.—Arma formada de madera dura que usaban los indios, á manera de clava.

MAISÍ.—Cacicazgo en la extremidad oriental de Cuba donde se estableció Hatuey.

MAMEY.—Árbol frutal muy alto y frondoso.

MARIÉN.—Uno de los cacicazgos de la isla de Cuba.

NABORÍ.—Trabajador, plebeyo.

NAGUAS.—Especie de tuniquilla que usaban las mujeres casadas y las cubría de la cintura á las rodillas.

NAITANO.—Noble, guerrero.

ORNOFÁY.—Cacicazgo en la costa meridional de la parte central de Cuba.

QUEMÍ.—Uno de los pocos cuadrúpedos que encontraron los españoles en la isla de Cuba, cuya especie se ha extinguido.

QUISQUEYA.—Nombre que daban los naturales á la isla de Santo Domingo, que conocían también bajo el de Haití, y á la que Colón denominó la Española.

SABANA.—Llano ó llanura.

SEIBA.—Árbol silvestre y majestuoso, el gigante de nuestros bosques. Algunos lo escriben con *c*. Prefiero la *s*.

SEMÍ.—Divinidad ó ídolo de los indios de Cuba y Haití.

SIGUAPA.—Ave nocturna de rapiña.

TOJOSA.—Véase *Biajaní*.

TUIRÁ.—El diablo. Así llamaban también los indios á los españoles.

TUREY.—El cielo.

YAGUA.—La corteza que cubre la parte superior de la palma real.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ESTUDIOS POÉTICOS, traducciones en verso, en colaboración con Antonio Sellén. (*Agotado*).

LIBRO ÍNTIMO, colección de poesías. (*Agotado*).

INTERMEZZO LÍRICO, de E. HEINE, traducción en verso; 50 centavos el ejemplar.

ECOS DEL RIN, colección de poesías alemanas traducidas en verso; un peso fuerte el ejemplar.

POESÍAS, un volumen de 190 páginas, (1890); un peso fuerte el ejemplar.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

LA MUERTE DE DEMÓSTENES, poema dramático en verso.

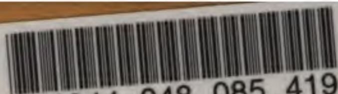
EL GIAOUR, poema de Byron, traducción en verso.

Diríjanse los pedidos á

A. DA COSTA GÓMEZ,

77 WILLIAM ST., NEW YORK.

SAMUEL LEES, IMPRESOR, 24 VESEY ST., NEW YORK.


3 2044 048 085 419

